

8yT
Fran



IVAN FRANCO

La felicidad robada

Hijo del herrero de un pueblo, Iván Yákovlevich Francó (1856-1916) nació en una pequeña y remota aldea en las estribaciones de los Cárpatos. Alcanzó la cúspide de la literatura universal y toda su obra como poeta, prosista, dramaturgo, traductor y publicista, así como su actividad social, las consagró a su querido pueblo ucraniano.

“Como hijo de campesino, alimentado con el duro pan de los hombres del campo, siempre consideré que mi deber era consagrar todo el trabajo de mi vida al pueblo sencillo. Educado en una rigurosa escuela, desde los primeros años de mi vida asimilé dos preceptos: primero, el sentimiento de mi deber; segundo, la necesidad de trabajar infatigablemente”.

IYAN **F**FRANCO

*La felicidad
robada*

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

M o s c ú 1 9 5 8

TRADUCIDO DEL RUSO
POR J. LOPEZ GANIVET

PRESENTACION DE E. GOLIAJOVSKI

PERSONAJES

Mikola Zadorozhi — aldeano de unos 45 años, no muy alto, algo encorvado y tardo de movimientos.

Anna — su mujer, joven de 25 años, aproximadamente.

Mijailo Gurman — guarda rural; hombre alto, vigoroso, de unos 30 años.

Olexa Bábich — aldeano, vecino de Mikola, de cerca de 40 años.

Nastia — su mujer, de unos 35 años.

Síndico — aldeano, de unos 50 años.

Shlioma — posadero.

Aldeanos, aldeanas, mozos y mozas,
músicos y otros.

La acción transcurre aproximadamente en 1870, en Ucrania, en la aldea Nezvanichi, al pie de las montañas



ACTO PRIMERO

Interior de una jata.* Es de noche. Fuera se oye el silbido del viento, la nieve golpea contra las ventanas. En la chimenea arde el fuego, alrededor hay unos pucheros. Anna y Nastia trajinan junto al hogar. En un poyo ancho a lo largo de la pared, en un escaño, y en el hueco que hay encima del horno, están sentados mozos y mozas, unos hilan, otros devanan la hilaza; en medio de la cocina, sentado en una banqueta, un mozo teje unas manoplas de lana, o tuerce cordel en un torno de cordelero.

ESCENA PRIMERA

Mozos y mozas, Anna y Nastia.

Mozos y mozas (*cantan*).

¡Ay! Tras aquellos riscos y peñas
Merido y mujer vivían sin querencia.
Blancas sábanas en el lecho ella ponía,
Un fuerte látigo él preparaba cada día.
Pronto el blanco lecho el polvo cubrió,
El fuerte látigo el cuerpo azotó.
Del lecho el polvo en nubes se alza,
Con el látigo, la sangre del cuerpo salta.

* Jata — casa campesina en Ucrania

N a s t i a (*interrumpe la canción, sacudiendo una toallita que lleva en la mano*). ¡Bueno, callad ya! ¡Vaya una canción triste que se os ha ocurrido cantar! Talmente como si estuvierais plañendo a un muerto.

M o z o p r i m e r o (*riéndose*). Sí, sí; a usted le ha corrido un escalofrío por todo el cuerpo.

N a s t i a. ¡Vete ya con todos los diablos, condenado! Piensas que yo soy como la difunta mujer de tu padre, que la pobre no se vio nunca libre de cardenales.

M o z o p r i m e r o. ¡Toma! Mi difunto padre decía: si el marido no le pega a la mujer, se le pudren los hígados.

M o z o s e g u n d o. Sí, tu padre no era mal barbero. Y también sabía hacer saltar la sangre a los hombres.

M o z o p r i m e r o. ¡Y de balde! ¡Que eso también tiene su envidia!

N a s t i a. ¡Vergüenza os tenía que dar de hablar así aquí, en esta casa, y cantar tales cosas! ¡Bueno, a vosotros todo os tiene sin cuidado! Es lo mismo que mentar al malo junto a un recién nacido, es predicar en el desierto. Aquí vuelan los ángeles del cielo; la única jata en toda la aldea que siempre está como una balsa de aceite, en la que se respira conciencia y amor, y vosotros estáis dándole a la lengua. ¡Que hasta vergüenza da oírlo!

M o z a p r i m e r a. No tema usted, tía Nas-

tia, que no espantaremos con nuestras canciones a los santos ángeles de esta casa.

N a s t i a. ¿Y tú qué sabes? ¿Y si por un casual los espantáis? Ya sabes lo que dicen los viejos: no mientes la desgracia. A veces ocurre que en un mal momento sueltas una palabra y, apenas la has dicho, se cumple. Mi madre, que esté en gloria, contaba que una vez ocurrió...

M o z o p r i m e r o. ¡Sarna le salga en la lengua! Más valía que se acercara al fuego y mirase si están ya cocidos los varénniki* pues, si no, pronto tornará Mikola de la ciudad y nos espurrará a todos.

N a s t i a. ¡Mírale que espabilado! No tengas miedo, estarán a punto. Cuida tú que acabes de hacer tus manoplas. (*Se acerca a la lumbre.*)

M o z a p r i m e r a. ¿Qué, muchachas, vamos a terminar la canción? Es tan bonita, y tan triste...; hasta entran ganas de llorar.

A n n a (*de pie junto al hogar*). Esperad a casaros y a probarlo todo en vuestras mismas espaldas, entonces sí que os entrarán ganas de llorar.

M o z a s. ¡Anda, eso sí que está bueno! ¿Y usted por qué lo sabe?

— ¿Es que lo ha sufrido usted misma?

* Varénniki — plato popular ucraniano.

A n n a. Bueno, yo no hablo por mí. Y lo que he sufrido, sólo Dios y yo lo sabemos.

M o z a s (*después de unos momentos de silencio, cantan*):

No me toques, áspero maridito mío,
ten pena de mi cuerpo, por Dios te pido.
Al jardín de los cerezos, déjame ir.
Florecitas rosadas cortaré allí.
Una rosa en el río mi mano puso:
navega, navega al querido terruño,
navega, rosa mía, ve por el Danubio,
si vieras a mi madre, dile que sufro.

N a s t i a (*mientras tanto ha quitado los varénniki del fuego, los ha escurrido y, después de sazonarlos con mantequilla y sal, los ha puesto sobre la mesa*) ¡Bueno, ya tendréis tiempo de cantar! ¡Dejad ahora la faena! ¡Los varénniki esperan en la mesa!

Los mozos y mozas dejan a un lado la labor y con alegre barullo se sientan alrededor de la mesa y comen.

(*Nastia y Anna se sientan en el escaño al lado del hogar, de espaldas a la mesa. También tienen delante una cazuela con varénniki*) ¡Vamos, comadre, ayuda tú también!

A n n a (*mira a la ventana*). ¡Dios mío, qué ventisca! ¡Quiera el cielo que los nuestros no pierdan el camino!

N a s t i a. No tengas miedo, mujer, no es la primera vez que salen.

A n n a. No sé, pero siento hoy una angustia. Tengo una tristeza como si me amagase una desgracia terrible.

N a s t i a. Ya, ya he parado mientes en ello, cuitada. ¡Todo el día andas como alma en pena. Yo ya he pensado para mí. ¿Por qué estará tan triste? Si vives en la gloria.

A n n a. ¿Yo?

N a s t i a. Tu marido es hombre de bien, tranquilo, trabajador, adora en ti.

A n n a (*suspirando*). ¿Y todo eso, qué?

N a s t i a (*en voz baja*). Tú, erre que erre con tu tema; que no tienes hijos. No te preocupes, mujer, ya los tendrás con la gracia de Dios.

A n n a (*sacudiendo con desaliento una mano*). ¡No, no es eso!

N a s t i a. ¿Qué es, entonces? ¿Qué te falta todavía? ¿Acaso porque tus hermanos te engañaron con la dote? ¡Bah! ¡Quédense noramala con ella! ¡Ya les llegará la hora de responder de su falsía!

A n n a (*salta como si la hubiese picado una víbora*). ¡Válgame Dios, comadre! ¡Cree usted que yo me acuerdo de la dote! ¿Y a santo de qué saca usted ahora a cuento a mis hermanos? ¿Acaso no sabe usted que son mis peores enemigos?

N a s t i a. ¡Ya lo sé, hija, ya lo sé! Ya me han contado todas tus cuitas y desgracias de moza.

A n n a (*con viveza*). ¿Qué? ¿De moza? ¿Y qué sabe usted?

N a s t i a (*con benevolencia*). Todo lo sé, hijita, todo. Cómo tus hermanos te maltrataban y te tenían como una esclava, y no te dejaban ni asomar donde estaba la gente y, al fin, te casaron con un pobre gañán, y, por si era poco, te engañaron con la dote. ¡Ah, y no sólo esto!...

A n n a. ¿Cómo? ¿Sabe usted algo más?

N a s t i a (*riéndose*). Sí, ¡pero no me tengas miedo, mujer! Te digo que lo sé todo, aunque ocurrió lejos de nuestro lugar, en otra comarca, y a tus hermanos no los he visto en mi vida.

A n n a. ¿Entonces, quién se lo ha contado a usted?

N a s t i a (*riéndose*). ¡Una urraca me lo ha traído en la cola, hijita! He topado con personas que me lo han contado todo. Pero quién, nunca lo barruntarás.

A n n a. ¿Seguramente habrá encontrado a alguna de mis amigas en la feria?

N a s t i a. ¡Qué dices! ¿Acaso voy yo a menudo a la feria? No, a mí misma jata ha llegado la noticia, y no más lejos de ayer.

A n n a. Ahora sí que ya no adivino quién ha podido ser.

Mozos y mozas (*se levantan de la mesa*). ¡Muchas gracias, tía Anna, y también a usted, tía Nastia, por la cena!

Mozo primero. Gracias a Dios, que he zampado hasta hartarme.

Mozo segundo. También doy las gracias a Dios, y al ama de la casa por lo que quedó.

Nastia (*sacudiéndole con la toallita*). ¡Vete ya de aquí, maldito!

Mozas. Bueno, ya es hora de volver a casa, pues la nieve cubrirá la calle, y cualquiera encuentra entonces el camino.

Mozo segundo. ¡No tengáis miedo, golondrinitas! Aquí tenemos bastantes mozos: cada uno cargará dos a hombros y las llevará a su casa.

Moza primera. ¡Mira, qué forzudos! ¡Pero, andad con tiento, no os vayáis a derrenegar!

Las mozas se disponen a salir: recogen las rucas y la hilaza y se acercan a la puerta.

Moza primera. ¡Buenas noches! ¡Quédense con Dios!

Las mozas se despiden de Anna dándole un beso. Anna les alumbra con una tea desde la puerta.

Anna. ¡Buenas noches, muchachas; que Dios os guarde! ¡Y no dejéis de venir mañana! (*Después cierra la puerta.*)

ESCENA SEGUNDA

Anna y Nastia.

Nastia. Yo también tengo que marcharme ya.

Anna (*recogiendo las cosas de la mesa*). Siéntese un poquito todavía. Su jata no está sola. Su marido pasará de todas maneras por delante de nuestra puerta y puede usted oírle. Así no se me hará tan larga la espera.

Nastia (*la ayuda a quitar la mesa*). Si es así, entonces... De todas maneras, la casa sin la dueña está como huérfana. Bueno lo haré por ti... (*Se detiene en medio de la cocina, delante de Anna, con una cazuela en las manos.*) ¿Y no sientes comecón por saber quién me ha hablado de ti?

Anna. ¡Bastante que me importa a mí! No soy yo ninguna saga adivinando acertijos.

Nastia (*taimada*). ¿Y no te dice nada el corazón?

Anna. ¿El corazón? ¿Y qué tiene que ver con mi corazón? ¿Qué me puede decir?

Nastia. Sí, sí, pero se te ha mudado el semblante. ¡Ora pierdes la color, ora te sofocas! Bueno, bueno, no te espantes. Lo sé todo por él mismo.

Anna. ¡Calle ya! ¿Qué está usted ahí diciendo? ¿Quién es ese él?

Nastia. ¡Mijailo! ¿Quién va a ser, si no?

A n n a. ¿Qué Mijailo!

N a s t i a. Ya está bueno lo bueno, hija: no me vengas con roncerías, no hagas como si no supieras nada. ¡Mira, lo mismo tú que yo ya no somos niñas! ¿Conoces a Mijailo Gurman, verdad?

A n n a (*retrocediendo un paso, se santigua*).

¡Alabado sea el nombre de Cristo! ¿Qué dice usted, comadre? Sí, conocí a Mijailo Gurman, pero ya hace mucho tiempo que no es de este mundo. Murió en Bosnia.

N a s t i a. ¿Quién te ha dicho tal cosa?

A n n a. Yo lo sé: mis hermanos me lo dijeron.

N a s t i a. ¡Ta, ta, ta: ahí está la madre del cordero; que te lo dijeron tus hermanos!

A n n a. Su misma madre, deshecha en lágrimas la pobre, me enseñó la carta.

N a s t i a. Bueno, la carta, a ojos cerrados que era falsa, porque Mijailo está tan vivo como tú y como yo.

A n n a. ¡Comadre, por el amor de Dios, no diga usted eso! ¿Puede ser que lo haya visto usted en sueños? ¿Puede ser que se le haya aparecido en espíritu?

N a s t i a. No, no, Anna, te digo que está bien vivo. Hace ya tres años que sirve como guarda rural. Estuvo lejos de aquí, por otros lugares, y ahora lo han mandado a estas tierras. Ayer entró en nuestra jata y preguntó con mucho aquel por ti.

A n n a. ¡Señor, Señor! ¿Pero cómo es posible? ¿Qué es lo que pasa por mí? ¡Comadre, vecina mía! Diga que es un fantasma; que lo ha visto usted en sueños. ¡Pues si no, si no... es para volverse loca! Yo prometí a Mijailo, le juré, que antes me enterrarían que casarme con otro. ¡Y ahora!... Ha venido a buscar mi alma. ¡Pero no, no; usted se burla de mí; lo dice sólo así, por decirlo!

N a s t i a. ¡Cuitada! ¿Pero por qué te espantas de ese modo? La cosa es clara como el agua: tus hermanos te engañaron. Por lo tanto, tú no tienes maldita la culpa. El mismo lo ha dicho así. El no te acusa de nada. ¡Oh, si supieras qué bien, con cuánto cariño habla de ti!

A n n a. ¡No, no, no! ¡No me diga usted nada! ¡No quiero oír hablar de él, no quiero verle! (*Va y viene por la cocina, retorciéndose convulsivamente las manos.*) ¡Oh, Dios de los cielos! ¡Oh, Dios misericordioso! ¿Pero será posible que sea eso verdad? ¿Será posible que también en esto me anublaron el cerebro, me engañaron, me vendieron como un cerdo en un saco?

N a s t i a. ¡Pero, mujer, sosiégate! ¡Para qué hablar de lo que ya está perdido! ¡Dios les castigará por todo el mal que te han hecho!

A n n a (*presa de gran agitación, sigue dando vueltas por la cocina*). ¿Y por qué razón? ¿Por qué? ¡Ah, ya sé, ya sé! Tenían miedo de que Mijailo les quitase mi parte de la herencia ¡Sí, sí!

Y este tocho gañán, que todo lo aguanta, todavía está contento de haber recibido unas migajas. ¡Dios mío, ten compasión de mí! ¡No permitas que pierda el juicio!

N a s t i a (*asiendo a Anna de un hombro*). ¡Repórtate, mujer! ¿Qué estás diciendo? ¿No es acaso un pecado? Tú estás casada; tienes que olvidarte de todo eso.

A n n a (*se queda mirándola fijamente; después de un breve silencio*). ¡Sí, sí, tiene usted razón! ¡Tiene usted razón! ¡Hay que olvidarlo! ¡Aunque el corazón se desgarré en el pecho, pero hay que olvidarlo! ¡Ay, Dios de los cielos! ¿Y cómo no se me ha desgarrado hasta ahora? ¡Cuánto, cuánto he sufrido en todos estos años! Pensaba que luego dejarían de dolerme estas viejas llagas. ¡Y de pronto!... ¡Virgen Santa! ¡El que yo contaba ya por muerto, aparece de nuevo! ¡Comadre mía, madrecita mía, aconséjeme! ¿Qué debo hacer? ¡Déme algún veneno para que deje de dolerme aquí, aquí!

N a s t i a. ¿Qué hablas de veneno, desdichada? No te aconsejaré nada, sólo te diré una cosa: pídele a Dios que aparte la desgracia de tu camino.

A n n a. ¡Ya se lo he pedido, comadre, ya se lo he pedido! Con la frente he dado en las gradas del altar en la iglesia, con mis lágrimas he rociado las losas; nada me ha ayudado.

N a s t i a (*se queda escuchando*). ¿Oyes? Parece que se sienten campanillas. Sí, sí, ya vienen.

A n n a (*se acerca a la ventana*). ¡Se oyen campanillas! ¡Aunque el viento no cesa de aullar, se oye el tintineo! ¡Gracias, gracias, Dios mío, al fin llegan! ¡Vamos, vamos a esperarlos!

Las dos se ponen apresuradamente las zamarras y las toquillas a la cabeza y salen.

ESCENA TERCERA

Poco después entran A n n a, N a s t i a y B á b i c h, todo cubierto de nieve y con el látigo en la mano.

B á b i c h. ¡A la paz de Dios!

A n n a. ¡Y salud que no le falte! ¿Entonces, dice que mi marido no ha venido con usted?

B á b i c h. No, comadre. Lo he dejado en las salinas. No había terminado aún de descargar su leña y discutía de no sé qué con el síndico, por eso no lo esperé y me vine con los otros.

A n n a. ¡Válgame Dios! ¿Pero cómo han podido dejarlo solo con este tiempo de perros?

B á b i c h. ¡No te desazones, no se ha quedado solo! Seguramente habrá ido a Kupiniú con los repartidores. Y nosotros hemos seguido por la carretera de Radlóvich. Pero él llegará pronto; pierde cuidado. Tiene buenos caballos.

A n n a. ¡Ay; siento una zozobra! Dicen que

andan lobos por el bosque. ¡No quiera Dios que suceda alguna desgracia!

B á b i c h. Pero no te consumas, comadre. Dios misericordioso aparta la desgracia de nuestro camino. Además, Mikola no es una criaturita. El sabe tener buen cuidado de las bestias. ¿Qué, vieja, vamos a casa? Pues los caballos van a quedarse helados.

N a s t i a. ¡Adiós, hija, hasta mañana! Reza, reza, palomita, pídeselo al Señor, y él te librerá del mal.

B á b i c h. ¡Buenas noches!

A n n a. ¡Que Dios les acompañe!

B á b i c h y N a s t i a salen.

ESCENA CUARTA

A n n a (*sola, sin quitarse la zamarra y la toquilla, se sienta junto a la ventana y tiene el oído alerta al menor ruido*). ¡No se oye nada! Sólo el viento silba y aúlla (*se estruja con desesperación las manos*). ¡Y él vive, vive, vive! Me engañaron, me atormentaron, me despojaron hasta de la última hilacha. No, no quiero pensar más en esto. Tengo mi marido, estoy casada como Dios manda. Se lo prometí al casarme y le seré fiel (*escucha con atención*). ¡Ah! ¡Ya está aquí! ¡Gracias, Dios mío, al fin ha llegado! (*Sale.*)

ESCENA QUINTA

Mikola y Anna

Fuera se oye desenganchar los caballos. Poco después entra Mikola, todo cubierto de nieve, con un tabardo encima de la zamarra, un gorro de piel de carnero, manoplas y un látigo. Se queda en medio de la cocina, saca el látigo que trae sujeto por debajo del cinturón, y se sacude la nieve, dando golpes en el suelo con los pies. Después, con respiración fatigosa y resollando, empieza a despojarse de toda aquella vestimenta.

Mikola. ¡Ya te has ganado un jornal! ¡Y sal adelante como puedas! ¡Oh, Cristo; no sé ni cómo he salvado la pelleja! ¡Ay, estoy reventado, helado hasta los huesos! (*Abre el ventano y grita*): ¡Anna, hay que dar de beber a los caballos! ¡Quise abrevarlos en Kupiniú, pero no pude!

Anna (*desde fuera*). ¡Bueno, bueno! Ya tenía yo preparada el agua.

Mikola (*cierra el ventano, se quita el tabardo, después la zamarra y cuelga ambas cosas en la percha*). ¡Ah, y vaya un jornalito, no puede uno quejarse! ¡Por ochenta kreuzers arriesga hasta la vida: medrados estamos! ¡Trabaja todo el día, anda hecho un azacán, revienta las bestias, cálate hasta los huesos, quédate helado como el último perro, y por todo esto ochenta kreuzers! Y cuando llega la hora de pagar, entonces, estos negreros hasta sienten reconcomio. Y esto también se lo guardarían si pudieran. Y

cuando tienen que dar estas miserables monedas empapadas en sangre, hasta se les encogen las tripas. ¡Ojalá que os aplastara nuestro trabajo; ojalá que reventarais, malditos engendros del diablo! (*Se sienta al lado de la mesa e intenta quitarse las altas botas de cuero.*) ¡Sólo nos faltaba esto! (*Grita.*) ¡Mujer, dónde estás, mujer! ¡Anna! ¿Dónde te has metido?

A n n a (*entrando*). ¿Me llamabas?

M i k o l a. Sí, te llamaba. ¿Has dado agua a los caballos?

A n n a. ¿Qué estaba haciendo, si no? ¡Pobres; estaban tan helados que temblaban como peces! ¡Pobres bestias! Les he echado un poco de sal en el agua, dos cubos se ha bebido cada uno...

M i k o l a. ¿Y pienso, tienen?

A n n a. ¡Claro, no iba a esperar a que tú se lo echaras! Le he dado a cada uno una cuartilla de avena, además de la paja que ya había picado en la máquina del granjero, y también les he puesto heno en el pesebre. ¿Pero cómo has tardado tanto?

M i k o l a. ¡Mejor es que no me preguntes! Ven acá, ayúdame a quitarme las botas. Tengo los pies entumecidos; temo que se me hayan helado.

A n n a. ¡Vamos, qué estás diciendo! No puede ser. ¡Sólo nos faltaba eso! (*Le agarra con fuerza de una bota y tira hacia sí; levanta la cabeza y se queda mirando fijamente a Mikola,*

de pronto le suelta el pie, retrocede un paso y empieza a santiguarse.) ¡Santo Dios de los cielos! ¡Mikola! ¿Qué te pasa? ¡Estás todo lleno de sangre!

M i k o l a. ¿Yo?

A n n a. ¡Dios misericordioso! ¿Qué es esto? ¿Has reñido con alguien? ¿O es que te has herido con algo?

M i k o l a. ¡No, no; no te asustes!

A n n a (*se acerca impetuosamente a él y le desabrocha el colete*). ¡A ver, espera! ¡Señor, toda la camisa manchada de sangre! ¿Pero qué te ha pasado, Mikola?

M i k o l a. Es obra de nuestro digno y honorable síndico.

A n n a. ¿Te ha pegado?

M i k o l a. A la vista está que no me ha hecho caricias. (*Da un fuerte puñetazo en la mesa*). ¡Pero, Cristo, que no se lo perdonaré! ¡Ya me responderá por esto!

A n n a. ¿Pero qué ha pasado entre vosotros? ¿Por qué te ha...?

M i k o l a. Pregúntaselo a él. ¡Porque sí! Sin más ni más se ha agarrado. ¡Ojalá se le agarre a él el huerco!

A n n a (*sin apartar los ojos de él*). ¡No jures así, Mikola, no irrites a Dios! ¡Ay, pero si has perdido más de un cuartillo de sangre! ¡Ay, Señor, que desgracia! Deja que te lave. Ahí ha que-

dado todavía un poco de agua caliente. (*Va hacia el horno.*)

M i k o l a (*grita*). ¡No, no hace falta! ¡Lo llevaré ante los jueces. Mañana mismo, así como estoy, yo mismo iré a los tribunales! ¡Que lo vean los señores jueces! ¡No me laves!

A n n a (*echa un poco de agua en un lebrillo y se acerca a él*). ¡Déjame, déjame, pobre infeliz! ¡No quieras ser el hazmerreir de todos! Al síndico no podrás hacerle nada y todos se reirán de ti.

M i k o l a. ¿Cómo, que no podré hacerle nada? ¿Acaso las leyes permiten mofarse así de las gentes? ¿Porque él sea el síndico y tenga la contrata de acopiar leña para las salinas, quiere decir eso que puede golpear a la gente hasta dejarla medio muerta?

A n n a. ¿Seguramente que habrás vendido otra vez leña?

M i k o l a. ¡Bueno, claro está, tenía que venderla! Echa los bofes trabajando en el bosque, quédate tieso como un perro, sin un solo kreuzer en el bolsillo y, al fin y al cabo, con algo hay que sostenerse.

A n n a. ¡Ah, Mikola, Mikola! ¡Cuántas veces te lo habré dicho! ¡Mejor es que aguantes un poco más, pero no lo vuelvas a hacer! ¡Y todavía, quieres ir a los tribunales! Por una cosa así antes te encerrará en la cárcel el síndico a ti que tú a él.

M i k o l a (*mira a Anna con ojos asustados*).
¡Mujer! ¡Pero es verdad lo que dices! No se me
había pasado por el magín tal cosa. ¡Bueno,
lávame!

A n n a (*limpiándole la sangre*). Apostaría
que no sólo has vendido leña, sino que además
le habrás dicho al síndico alguna ofensa.

M i k o l a. ¿Yo? ¡Te juro que no! Se emperró
en que mi estéreo no estaba cabal. Yo, como
siempre, fui el último en entregarle la leña, y
él se enzarzó conmigo. Ya alguno había tenido
tiempo de irle con el soplo de que había vendi-
do algunos míseros leños.

A n n a. O acaso el mismo lo viera.

M i k o l a. El diablo sabe; puede ser que lo
viera. En una palabra, que se enzarzó conmi-
go. A ti, me dice, no te pagaré hasta que tu es-
téreo esté cabal. Y yo le digo: así como lo he
cogido en el bosque, así lo he traído. Y él me
dice: ¡mientes, has vendido cinco troncos! Y yo
le digo: si los he vendido, no soy yo el único.
También los demás los venden. Y él levantó el
gallo: ¿quién los vende, di, quién, quién? ¿Qué
podía decirle? En conciencia, yo no había visto
a nadie, y decir sin más ni más el primer nom-
bre que me viniese a la boca, no era honrado.
Entonces le dije: y usted mismo, antes de tener
la contrata, también los vendería, a buen segu-
ro. No bien se lo hube dicho, cuando se echó
sobre mí y empezó a aporrearne con un palo

sin mirar donde caían los trancazos, lo mismo en la cabeza que en cualquier parte. Ya no me acuerdo, cuándo, cómo, ni quién salió en mi defensa y me puso en el trineo.

A n n a (*mueve de un lado a otro la cabeza*). Ya suponía yo que tú también te habrías ido de la lengua. El síndico no es persona que se enzarce sin ton ni son con cualquiera.

M i k o l a (*irritado*). ¡Sí, la cosa está clara! Para ti todos son honrados, todos son listos, menos tu marido.

A n n a. Yo no digo que tú no seas honrado, pero no tenías por qué haber vendido leña.

M i k o l a. ¿Pero quedarme helado y estar hambriento, eso si tenía por qué?

A n n a. Podrías haberte llevado algunos kreu- zers para vodka, si es que no puedes pasarte sin ella. Pues no somos tan pobres.

M i k o l a. ¡Estaría bueno! ¡Salir de casa a ganar un jornal y todavía llevarse cuartos en el bolsillo!

A n n a. ¡Pues, ahí lo tienes, has ganado lo que has querido! (*Pone la mesa para cenar.*) ¿Y dónde te has entretenido tanto?

M i k o l a (*con enfado*). ¿Y a ti qué te importa? ¡No es cosa tuya! ¡Ya que no soy de tu gusto, no tienes por qué preguntarme!

A n n a (*pone la cazuela encima de la mesa*). Y si sigues hablando conmigo en ese tono, claro es que no vas a ser más de mi gusto.

Pausa. Mikola tamborilea con los dedos en el cristal de la ventana. Anna sirve la cena. Mikola se vuelve; sin decir ni una palabra se sienta a comer. En este momento alguien golpea en los cristales, por fuera de la ventana. Anna se estremece. Mikola deja caer la cuchara de la mano.

A n n a. ¡Dios nos asista! ¿Quién será?

M i k o l a. ¡Alguien llama en la ventana! ¡Tan tarde y con una noche así! ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

U n a v o z d e t r á s d e l a v e n t a n a. ¡Eh, buena gente, abrid! ¡No dejéis perecer a un alma humana!

A n n a. Seguramente será alguno que se ha extraviado por el camino. Voy corriendo a abrir.

M i k o l a. ¡Espera, Anna! ¿Y si de pronto es algún forajido?

A n n a. ¿Entonces, qué, vamos a dejar morir a una persona? ¿Y qué puede hacernos a nosotros un forajido? Nada tenemos que se pueda llevar, a nadie le debemos nada; ¿por qué vamos a tener miedo? (*Sale. Se oye el ruido del cerrojo al ser descorrido.*)

ESCENA SEXTA

Mikola, un minuto después entra el guarda rural con la carabina, todo cubierto de nieve; detrás de él, Anna.

G u a r d a r u r a l. ¡Dios guarde a la buena gente!

M i k o l a. ¡Buenas noches!

Guarda rural. Perdonen que venga tan tarde a visitarles como un huésped indeseable. ¡Pero hay tal borrasca, una ventisca tan recia, que, librenos Dios! Me extravié por el camino y ya pensé que me quedaría helado en algún barranco o que sería pasto de los lobos.

Anna (*santiguándose*). ¡Jesús!

Guarda rural (*se vuelve hacia ella, se la come con los ojos, pero se contiene*). Sí, sí, a punto he estado de que me pasara tal cosa. Allá, en la linde del bosque, se les oye aullar. En cualquier momento podían haberse abalanzado sobre mí.

Mikola. Quítese el capote, siéntese, descanse. Ahora, con tal noche, no puede ir a ninguna parte.

Guarda rural. ¿A dónde voy a ir? No siento ni las piernas, tan helado y derrengado estoy. ¡Gracias a Dios que he salido con vida de este infierno de nieve! (*Se sacude la nieve y empieza a quitarse el capote.*)

Mikola se queda mirándole.

Mikola. ¿Y de dónde, viene, señor guarda?

Guarda rural. De la ciudad, a pie.

Mikola. A pie, eso ya me lo figuro. ¿Pero de dónde es usted, de qué tierra? Disculpe, pero me parece que yo le he visto antes de ahora en alguna parte.

Guarda rural (*riéndose*). ¡Claro que sí! ¡Mikola, viejo amigo! ¿Pero es que no me habías conocido? (*Le da unas palmadas en el hombro.*)

Mikola. ¡Mijailo Gurman! ¿Pero eres tú? Y nosotros creíamos... ¿Anna, y tú tampoco habías conocido a Mijailo?

Anna (*temblando como azogada, está de pie junto a la mesa y, sin mirarle, murmura una oración*) Señor, sálvame; Señor, líbrame del mal, ten compasión de mí...

Guarda rural (*riéndose*). ¡Anna! ¡Pero Anna! ¿Cómo se te ocurre rezar ahora? ¿No quieres saludar a un viejo amigo?

Anna (*le tiende la mano*). ¿Qué tal está, señor guarda?

Guarda rural (*se queda mirándola fijamente durante un minuto, después le suelta la mano y, apretando los dientes, se da media vuelta. Se dirige sólo a Mikola*). Sí, mientras viva, no olvidaré jamás esta noche. ¿Sabes?, cuando oí muy cerca, a través del viento, el aullido de los lobos, pensé: ¡ha llegado mi última hora! Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Pero en ese momento vi una lucecita. Al principio pensé que eran los ojos de algún lobo que brillaban en la oscuridad, pero después advertí que la lucecita estaba quieta en el mismo sitio... Ya no lo pensé más, eché a correr a campo traviesa por la nieve, por quebradas, lomas y cercas. Sólo

Dios sabe de dónde pude sacar tantas fuerzas. Verdad es que me he caído más de diez veces, pero, por fortuna, he salido al menos con los huesos sanos.

Mikola. ¡Sí, ya puedes darle gracias a Dios! ¿Pero, dime, si es que lo tienes a bien, qué te ha pasado? ¿De dónde sales ahora? Pues decían que...

Guarda rural (*riéndose*). ¡Ja, ja, ja! ¿Qué?...

Mikola. Pues que habías muerto...

El guarda rural se ríe aún más fuerte y se acerca a él.
Mikola se estremece y retrocede.

Guarda rural. ¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad! ¡Yo soy un difunto! ¿No lo crees, Mikola? ¡Soy un muerto! ¡He salido de la tumba!

Mikola (*asustado, se santigua*). ¡Santo, santo, santo! (*Se sonríe con una débil sonrisa.*) ¡Bueno, qué tonterías estás diciendo, Mijailo! No está bien bromear con esas cosas.

Guarda rural (*con voz terrible*). ¿Pienzas que estoy bromeando? ¡A ver, tócame, tócame! (*Le tiende la mano*).

Mikola retrocede asustado.

¿Lo ves, lo ves? ¡Bueno, basta de chanzas! ¿Sabes, Mikola, para qué he venido?

Mikola. ¿Tú? ¿A mi casa?

Guarda rural. ¡Sí! ¡He venido a llevarme tu alma. (*Se ríe.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo te has asustado! ¡No tengas miedo, menguado! No es tu alma tan preciosa como para que vengan a buscarte los muertos desde la tumba. No temas, yo estoy tan vivo como tú (*da unos golpes a Mikola en el hombro*). Y ahora te diré cómo he venido a parar aquí. Después de licenciarme de soldado, vendí mis tierras y mi jata y empecé a trabajar como guarda rural; ya va para tres años. Primero estuve en la frontera, allá cacé a algunos contrabandistas; y hace unos dos meses que me han trasladado a esta comarca.

Mikola. ¿Y por qué no lo has dicho antes? Y no, ¡qué se te ha venido a las mientes asustarnos como un difunto! ¡Ah, Mijailo, Mijailo! Veo que sigues siendo tan amigo de las bromas como antaño. (*Mueve la cabeza.*) Bueno, siéntate, cenarás con nosotros.

Guarda rural. Mira, eso me parece muy en su punto. (*Toma una cuchara y se sienta a la mesa*). Pero, ¿por qué cenáis tan tarde? Pronto será media noche.

Mikola. También erré el camino, como tú. Sólo hace un poco que he venido.

Guarda rural (*come*). ¿De dónde?

Mikola. De la ciudad. He llevado leña a las salinas y me he entretenido allí. A trancas y barrancas he llegado a casa. (*Come.*) Y, por si era poco, el diablo soplóme la ocurrencia de ir

a Kupiniú. Pensé que sería más corto atajando por medio del bosque. Pero allí se había amontonado tanta nieve que a punto estuve de perder hasta los caballos.

Guarda rural (*deja la cuchara y mira sorprendido a Mikola*). ¿Cómo? ¿Que has ido esta noche a Kupiniú?

Mikola. Sí, he ido.

Guarda rural. ¿Y has pasado por la posada de Kupiniú?

Mikola. Claro que sí. Y hasta me detuve, pues quería abreviar los caballos, más no se quién diablos había arrancado el cubo. Entonces empecé a aporrear la puerta de la posada, pero no salió nadie. Bueno, pensé, después de todo, no estoy tan lejos de casa. Y sin volver a llamar seguí mi camino.

Guarda rural. ¿Y hace mucho de eso?

Mikola. Pues, seguramente, unas tres horas. Aunque desde nuestra casa a la posada de Kupiniú no hay más de media legua, pero cuando empecé a dar vueltas y revueltas y desviarme del camino me pareció que por lo menos había estado errando medio año. ¡Completamente solo por el bosque!

Guarda rural. ¿Ibas solo? ¿No recuerdas si iba alguien detrás de ti?

Mikola. ¡Quién iba a ir por allí! Todos los nuestros se marcharon antes que yo y fueron a Radlívichi por la carretera.

Guarda rural. ¿Y había luz en la posada?

Mikola. Luz sí había, pero las ventanas tenían echados los postigos y las puertas estaban cerradas. Seguramente que estaría durmiendo el posadero, porque a los golpes que di en la puerta nadie respondió.

Guarda rural (*para su coletto*). Sí, claro, naturalmente...

Comen. Una pausa. Anna está sentada en el escaño, hace esfuerzos por comer, pero no puede pasar bocado.

Guarda rural. ¡Bueno, muchas gracias por la cena! (*Deja la cuchara sobre la mesa y se pone en pie.*)

Mikola. No se merecen. Que te sirva de provecho. (*También se levanta.*)

Ambos se sientan en el poyo. Anna retira los cacharros de la mesa en silencio.

Guarda rural (*mirando de hito en hito a Mikola*). ¿Pero, qué te ha pasado, Mikola, tienes la cara llena de rasguños? Me parece recordar que tú en otros tiempos no eras amigo de pendencias.

Mikola (*confuso*). ¿Yo? ¡Ja, ja, ja! ¿Con quién voy a reñir? Yo soy persona de paz. Esto es por mor de los malditos leños, que me han marcado así. No había hecho más que tomar un leño del montón, cuando se desplomó encima

de mí toda la pila. Por suerte no me quedé en el sitio.

Guarda rural. ¡Sí; es ése un trabajo muy ingrato!

Mikola. Librete Dios de tener que ganarte la vida con él!

Guarda rural. ¿Y ganas mucho?

Mikola. Tanta ganancia saco como de las lágrimas de un gato. ¡Ochenta kreuzers al día! Y para eso, destrózate, quédate helado, revién-tate, y lo mismo las bestias. ¡Por vida de...! ¡De buena gana dejaría este trabajo!

Guarda rural (*de nuevo se queda mirando a Mikola a la cara*). Pero, de verdad, hermano, que esos troncos te han dado un buen agasajo. Tienes todo el carrillo derecho como si te hubieran pasado un rastrillo.

Mikola. Ya te digo que cuando me cayeron encima los leños pensé que me había saltado la cabeza en mil pedazos.

Guarda rural (*se pone de pie y, después de pasearse por la cocina, se sienta a la izquierda de Mikola y de nuevo se queda mirándole*). ¡Oh, pero el carrillo izquierdo lo tienes aún más adornado!

Mikola (*confuso*). Eso es que me caí en un matorral de coscojas. De milagro no me salté un ojo con una rama.

Guarda rural (*mirándole a los ojos*). ¡Eh, pero si también tienes una herida en la

frente, como si alguien te hubiera arañado, y un ojo hinchado! Reconoce, Mikola, que esto no es obra de los troncos.

Mikola (*todavía más confuso*). ¡Y dale bola! ¿Qué tengo que reconocer? Te juro que no me he peleado con nadie. ¿Y para qué te voy a engañar, además?

Guarda rural (*se ríe y le da unas palmaditas en el hombro*). ¡Mikola, no tengas miedo! Yo soy hoy tu invitado y no tienes que confesarte de nada. Pero sí te diré una cosa, amiguito: tú no has nacido para embustero. En seguida se echa de ver que quieres decir una mentira, pero no te resulta nada.

Mikola (*asustado*). ¡Castígueme Dios...!

Anna. Mikola, déjate de juramentos. Mejor es que pienses dónde vamos a poner a dormir al señor guarda rural. Es muy tarde y los dos estáis muy cansados; ya es hora de dormir.

Mikola. ¡Pues en eso tienes razón, mujer! Y yo, zopenco de mí, estoy aquí de palique y no había reparado en ello. ¡Ahora mismo, ahora mismo...! (*Va y viene apresuradamente por la cocina, pero sin hacer nada de provecho, luego se pone el gorro y la zamarra*).

Anna. ¿A dónde vas?

Mikola. Ahora mismo vuelvo. ¿Sabes?, pienso que el mejor avío es que traiga un brazado de paja y le hacemos aquí, en el suelo, una cama a Mijailo. Tú sólo tienes que extender una este-

rilla y preparar una almohada, y él se tapará con la zamarra.

Guarda rural. No hace falta; se agradece. Tengo mi capote.

Anna. Yo misma puedo salir a traer la paja.

Mikola. ¡Quita allá, mujer! ¿Para qué vas a salir tú? Yo la traigo ahora (*se pone el gorro y sale*).

ESCENA SEPTIMA

Los mismos, sin Mikola. Anna prepara la cama. El guarda rural se acerca a ella y la ase de los hombros.

Guarda rural. ¡Anna!

Anna (*apenas con un hilo de voz*). ¿Qué quieres?

Guarda rural. ¿Ni siquiera te dignas dirigirme una mirada?

Anna se vuelve de cara hacia él, pero al momento baja los ojos y calla.

(*El la mira fijamente durante unos momentos.*)

¡Monstruos! ¡Canallas! ¡Cumplieron, pese a todo, su palabra: te enterraron en vial! ¡Dios no les perdonará jamás este crimen!

Anna. ¿De quién hablas?

Guarda rural. ¿De quién va a ser, sino de tus queridos hermanitos? ¿Sabes? Cuando me marché de soldado, uno de ellos me dijo en

la posada: "Tú, Mijailo, vete norabuena, pero no se te ocurra volver a pensar en Anna. No será nunca para ti, aunque tengamos que enterrarla en vida". Entonces me eché a reír en su misma cara, pero ahora veo que se salieron con la suya.

Anna (*con timidez*). ¿Y tú, no estás enfadado conmigo? ¿No me maldices?

Guarda rural. ¡A ti, pobre desgraciada! ¿Crees que acaso no sé que tú no tienes culpa de nada, que no tenías voluntad, que te atormentaron, te engañaron, te torturaron?

Anna llora.

No, te confieso que al principio, cuando me enteré que te habías casado con este palurdo me enfurecí y entonces... Te hubiera matado si te hubiese tenido a mi alcance. Durante días y días estuve corriendo por los campos como un loco, maldiciéndote y pidiéndole a Dios que te castigase con la mayor desgracia.

Anna (*asustada*). ¡Mijailo!

Guarda rural. No temas, Dios no es una criaturita para prestar oído a las maldiciones de un hombre enloquecido.

Anna (*entre lágrimas*). ¡Ah, pero temo que, a pesar de todo, las haya escuchado!

Guarda rural (*con alegría*). ¿Cómo? ¿Eso quiere decir que no me has olvidado? ¿Me quieres todavía, Anna?

A n n a (*lo rechaza, asustada*). ¡Calla, calla! ¿Qué dices? No te atrevas a hablarme así. ¡Yo estoy casada; tengo mi marido!

G u a r d a r u r a l. ¿Y qué? ¿Qué es el marido? Hoy lo tienes y mañana puedes no tenerlo.

A n n a ¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Qué estás diciendo?

G u a r d a r u r a l. Nada. Eso, lo que oyes. ¿Pero si él no existiera, tú...?

A n n a. ¡Calla, calla! ¡No hables así! ¡Y no se te ocurra pensar nada malo de mi marido!

G u a r d a r u r a l. ¡Bueno! ¡Eso ya lo veremos! Lo que pienso de él es cuenta mía.

A n n a (*le agarra de los hombros*). ¡Mijailo! ¿Qué piensas? ¡Dímelo!

G u a r d a r u r a l. ¡No me preguntes! Mañana lo verás.

A n n a. ¿Mañana? ¿Quiere decir que hay algo? ¿Qué estás tramando? ¡Algo horrible! ¡Sí, sí! ¡Lo veo en tus ojos! Lo he sentido cuando le preguntabas por los rasguños. ¡Oh, te conozco bien; tienes un corazón de pedernal! ¡No, no te pediré que tengas compasión de nosotros, que no nos destroces! ¡Solamente te digo una cosa: sobre tu alma, pesarán dos víctimas inocentes!

G u a r d a r u r a l. ¡Confío en que no pesará ni una sola! Pero sí te diré que más le valía a tu marido haberse quedado hoy en casa en lugar de salir a buscar un jornal fuera.

Anna. ¡Fiera, eres una fiera carnicera! Te has propuesto destrozarnos y piensas que has encontrado ahora la ocasión. Pero el Señor te castigará. Te dará un castigo horrible.

Guarda rural (*se ríe*). ¡Ja, ja, ja! ¡Eso sí que está bien! Se han encontrado dos difuntos que se querían tanto en vida que hasta muertos no pudieron olvidarse, y cuando se topan de nuevo no se les ocurre nada mejor que llenarse de injurias. ¡Anna, corazón mío! ¿Pero será posible que me odies así?

Anna. ¿Qué quieres de mí? ¿Para qué has venido?

Guarda rural. Te juro por lo más sagrado que yo no quería. Ya hace dos meses que estoy aquí y bien sabes que hasta ahora no he querido ni acercarme a vuestra jata. Pero hoy no sé si Dios o el diablo me han traído a ella.

Anna. ¡Calla! ¡Viene mi marido! (*Sigue haciendo la cama.*)

El guarda rural se sienta junto a la mesa y hace como si dormitara.

ESCENA OCTAVA

Los mismos y Mikola, con un brazado de paja.

Mikola (*echa la paja en el suelo, en medio de la cocina*). ¡Vaya una ventisca! ¡El Señor nos asista! Por la mañana, seguramente que la nie-

ve habrá cubierto la jata hasta el tejado. Por poco no puedo llegar al pajar (*se quita la zamarra y el gorro*). ¿Qué, Mijailo, estás ya echando un sueñecito? Y yo pensaba que querías hablar con tus antiguas amistades (*hace un guiño, indicando a Anna*). Pues, según tengo entendido, otrora la cortejabas.

G u a r d a r u r a l. ¡Bah! Cualquiera se le puede pasar a uno por el magín cuando es joven. Pero ahora, después de servir en la tropa y saber lo que es el cuartel, luego de haber recorrido las montañas de Bosnia y de haberme endurecido en la vida de guarda rural, ¿quién se acuerda de un viejo amor? Y además, tu mujer, con perdón sea dicho, parece que está muy mansa. ¿Por lo visto la tienes bien sujeta de las riendas, eh?

M i k o l a. ¿Yo? ¿A ella? Señor, ella a mí... Yo la... ¡Pero, para qué hablar de eso! Sandeces, yo ya soy viejo. Lo que sí es verdad es que ella está triste y se aburre conmigo.

G u a r d a r u r a l. Bueno. Eso ya es cuestión vuestra, ¡para qué me voy a entrometer yo!

M i k o l a. Verdad es, hermano, estás en lo justo. El marido y la mujer son los que tienen que ver, y no tiene por qué meterse de por medio ningún ajeno.

A n n a (*mientras prepara la yacija para el guarda*). ¿Has atrancado bien la puerta?

M i k o l a. ¡Claro que la he atrancado, mujer!

(*Bosteza.*) Ea, ya es hora de tumbarse a dormir. (*Se santigua delante de una imagen y susurra una oración.*)

Guarda rural. Yo también voy a acostarme (*se despoja de la ropa, se santigua y se echa a dormir en el suelo*). Si no me despierto temprano, ¿os tomaréis la molestia de despertarme cuando os levantéis?

Anna. Bueno, está bien (*pone la carabina en el poyo, echa una mirada al hogar y cierra la chimenea*).

Mientras tanto, Mikola, después de terminar sus rezos, se acuesta.

Mikola. ¿Estás ya dormido, Mijailo?

Guarda rural. Estaba quedándome traspuerto. ¿Qué quieres?

Mikola. Nada. Que descanses.

Guarda rural. Lo mismo te digo. ¡Buenas noches!

Anna se persigna, después se sube al escaño y apaga el candil

Telón

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día. En el hogar arde el fuego. Mikola retuerce verdascas de abedul, que remoja antes en agua caliente, Anna ora trajina alrededor del hogar, ora le ayuda en su faena

ESCENA PRIMERA

Mikola y Anna

Mikola. ¡Mujer, sujeta fuerte, no sueltes! (*Retuerce la verdasca.*) Así, ahora dámela. Carguen con el maldito y con su leña todos los demonios. Otro hubiera mandado ya noramala este trabajo, pero yo tengo que apencar otra vez con esta condenada leña que Dios confunda.

Anna. Hoy, por lo menos, es más fácil andar por los caminos que ayer. Mira cómo ha despejado el tiempo.

Mikola. ¡Cómo ha despejado! ¡Ayer la nevasca barrió de tal manera los caminos que

ahora no encuentra uno ni el rastro. No, hoy no iré a ninguna parte. Reventarme yo y reventar los caballos, y ¿para qué? ¡Qué reviente él con su leña!

A n n a. Claro que es mejor no salir que andar arrastrándose por la nieve con tal carga. ¡La leña no se escapará y en casa también hay quehacer! ¡Y si me hubieras hecho caso, tampoco habrías ido ayer!

M i k o l a. ¿Y eso, qué?

A n n a. No, nada. Pero mi corazón presente no sé qué desgracias. ¡Hoy he tenido un sueño horrible, y no quiera Dios...! Parecía que iba derramando corales por la jata, por el corral, por toda la aldea, y eran grandes, grandes, rojos...

M i k o l a (*para sí*). Corales: eso son lágrimas.

A n n a. Y después, como si de todos lados ladrasen los perros a nuestra jata y se acercaban a la puerta y daban con el hocico en los cristales de la ventana, y tan rabiosos, como hambrientos...

M i k o l a. Perros rabiosos: eso es malaventura.

A n n a. Y después, como si me estuviesen vistiendo y aderezando para la boda. Sí, toda de blanco: zapatos blancos, falda blanca, velo blanco.

Mikola. ¡Dios nos valga! ¿Qué te pasa, mujer? ¡Señor, aparta la desgracia de nuestro camino! ¿Pero qué estás diciendo?

Anna. ¿Es que también eso quiere decir algo?

Mikola. ¡Calla, más vale no acordarse ahora de los infortunios! ¡Ay, señor, señor! ¡Sueños, casorio! Hágase tu voluntad, Dios mío. ¡No hay que colarse en el infierno antes que el padre; eso es! (*Retuerce las verdascas.*) ¡Tiña! ¿Qué hacer hoy con la leña? Yo mismo no lo sé.

Anna. ¿Y si fueras a preguntar a Bábich si va él hoy?

Mikola. Eso es de razón. Si él va, no está bien que yo me quede. En cuanto apareje el trineo voy a su casa (*deja el trabajo y se sienta en el poyo*). ¡Ay, estoy deslomado! Señor, Señor, he gastado todas mis fuerzas trabajando para otros y ahora no me queda ni una miaja para mí. ¡Anna!

Anna (*junto al hogar*). ¿Qué quieres?

Mikola. ¿Por qué se ha ido tan temprano Mijailo? Yo ni me he enterado cuando ha salido.

Anna. Dijo que tenía que ir a cosas del servicio.

Mikola. ¿Sabes? Ayer, cuando le vi, me quedé de piedra. A tal hora y con uniforme: creí que era un alma del otro mundo. Ya después me di cuenta que estaba vivo.

A n n a. ¿Pero no sabías que andaba por nuestros lugares?

M i k o l a. ¿Yo? ¿Cómo lo iba a saber? Estaba seguro que ya hacía mucho tiempo se pudrían sus huesos en Bosnia. Pues tu hermano me juró que ya no era de este mundo; hasta me enseñó el papel del ejército. La desgracia es que como yo no entiendo de letra, no pude leerlo.

A n n a. Eso quiere decir que te embaucaron, lo mismo que a mí.

M i k o l a. No sé para qué les hacía falta casarte con uno de una aldea tan lueña de la vuestra.

A n n a. Pues yo sí lo sé. Porque no querían darme nada de la herencia. ¡Y si me hubiera casado con Gurman se la hubiese arrancado hasta del gañote! ¡Tú no sabes qué hombre era! Le tenían miedo, y se compincharon con el alcalde para mandar a la guerra al único hijo de su pobre madre, y, después, aprovecharon la ocasión para mandarme a mí a otro lugar. La cosa no tiene malicia.

M i k o l a. ¡Retiña! Y yo no adiviné de dónde soplabá el viento. ¡Nunca he tenido nada que ver con los ricos y no comprendo sus artimañas.

Anna pasa por su lado, él la atrae hacia sí y le da un beso en la frente

M i k o l a. ¡Pobre, pobre palomita mía! ¿Y tú querías mucho a Mijailo?

A n n a (*sulfurada*). ¡Bueno! ¿Para qué hablar de eso? Si le quería o no le quería, ya es agua pasada. Anda, mejor es que vayas a aparejar el trineo. La comida ya está, y, mientras tú lo apañas todo allá, se enfriará.

M i k o l a. ¡Tienes razón, Anna! (*Se levanta y coge unas cuerdas*). ¡Nunca tiene tiempo el pobre de acordarse de lo pasado: hace falta trabajar! Pon la comida en el plato, yo de seguida estoy listo (*sale*).

ESCENA SEGUNDA

A n n a, Mikola entre bastidores

A n n a (*pone sopa de col en un plato y en otro judías y lo lleva todo a la mesa*). ¿Y tú querías mucho a Mijailo? Es de suponer que mucho, cuando hasta ahora tiemblo toda y siento un estremecimiento por todo el cuerpo sólo acordándome de él. Creo que mucho. O puede ser que más que quererle le temiera. ¡Ah, qué fuerza tiene! Es capaz de agarrar a un toro por los cuernos y hacerle hincar el morro en tierra. ¡Válgame Dios, a dos como mi marido los puede agarrar en un puño. Sólo con la mirada parece que te atraviesa como con un hierro candente. ¡Oh, cómo le temo! ¡Le temo como

al más feroz enemigo! ¡Ah, si le da por tomarla con nosotros, nos hará polvo, nos hundirá, nos aniquilará! ¿Acaso Mikola puede enfrentarse con él?

Mikola. ¡Anna! ¡Eh, Anna!

Anna. ¿Qué quieres?

Mikola. ¿Dónde has metido el saco? Hay que echarle heno a las caballerías.

Anna. El saco está en el zaguán. Ya les he dado yo pienso antes. Ven ya a comer. *(Atiza la lumbre en el hogar.)*

Mikola. Ahora, en cuanto que arregle el carretoncillo. ¿Pero dónde habrán ido a parar los dos maderos que faltan del trineo?

Anna. ¡Deja eso ya, no van a escaparse! Ay, Señor, por momentos me siento peor. Todo el tiempo me parece que nos amaga no sé qué desgracia...

ESCENA TERCERA

Mikola y Anna

Mikola *(entra. Rechinan los goznes de la puerta.)* ¡Ea, ya...!

Anna *(asustada, se aparta de la chimenea.)* ¡Ah! ¿Eres tú?

Mikola. ¿Qué te pasa, mujer? ¡Tienes la color perdida!

Anna. No, no es nada. De pronto he sentido como un mareo. Debe ser de la lumbre... Seguramente me habré atufado, me da vueltas la cabeza. Anda, siéntate a comer, yo beberé un buche de agua y me pasará.

Mikola (*se sienta a la mesa, se santigua y coge la cuchara*). Siéntate tú también. Yo sólo no puedo pasar bocado.

Anna. ¡Vamos, qué dices! ¡Anda, anda, no vengas con pamplinas, y come! Mientras, yo me acercaré a casa de Bábich a preguntarle si va a ir él al bosque.

Mikola. Bueno, ve. Así te despejarás una miaja y te pasará el dolor de cabeza. ¡Anda, ve! (*Come.*)

Anna se echa la toquilla a la cabeza y se dirige a la puerta. En este momento la puerta se abre y entran el guarda rural, el síndico, Bábich, un alguacil y un aldeano.

ESCENA CUARTA

Mikola, Anna, guarda rural, síndico, Bábich el alguacil y el aldeano.

Síndico (*entrando*). ¡Buenos días nos dé Dios!

Mikola. ¡Buenos días tengan! ¿Gustan ustedes de comer con nosotros?

Síndico. ¡Coma, coma usted en paz y en gracia de Dios!

Mikola. Siéntese, señor síndico. ¿Qué les trae a ustedes por nuestra casa?

El síndico se sienta en el escaño, de espaldas a la mesa, el guarda rural en el poyo, el alguacil, Bábich y el aldeano siguen de pie y miran a todos lados

Síndico. ¡Hu-m-m, pues-s...! Tenemos un asuntillo que resolver con usted.

Mikola. ¿Conmigo? ¿De qué se trata?

Síndico. ¿Dijo usted ayer al señor guarda rural que había estado por la noche en la posada de Kupiniú?

Mikola. ¡Sí, estuve! No en la misma posada, sino junto a la posada.

Síndico. ¿Y eso fue tarde?

Mikola. Sí, ya tarde. Después, seguro que ya no pasó nadie más.

Síndico. ¿Y llegó usted a su casa manchado de sangre?

Mikola. Sí... Sí.

Guarda rural. ¿Cómo? ¿Volvió usted a su casa manchado de sangre? Usted no me dijo tal cosa. Ama, ¿es verdad eso?

Anna. Verdad es. Yo misma le limpié la sangre.

Guarda rural. Ah, esto es muy importante (*escribe en una libreta*). Pero usted me dijo que se había herido en el bosque cuando recogía leña. ¿Quiere decir que cuando fue usted a la ciudad ya iba manchado de sangre y de allí volvió así a su casa?

S í n d i c o. ¿Le ha dicho a usted tal cosa? Eso es falso. Cuando estuvo en la ciudad estaba sano y salvo. Pues yo mismo le vi en las salinas.

M i k o l a. Entonces, diga usted ya toda la verdad, señor síndico.

S í n d i c o. ¿Qué verdad?

M i k o l a. ¡Pues que usted mismo fue quien me golpeó de mala manera!

G u a r d a r u r a l (*se pone en pie de un salto*). ¿Cómo, cómo, cómo?

S í n d i c o. ¡No mienta, Mikola! Es verdad que usted y yo nos liamos un poco de palabra por mor de la leña, pero pegarle; ni por pienso.

M i k o l a. Tengo testigos. Y a caso hecho volví así a casa y no quise limpiarme la sangre para darle a usted a los tribunales.

S í n d i c o. ¡Ja, ja, ja! ¡A mí ¡A los tribunales!

G u a r d a r u r a l. ¿Tiene usted testigos?

M i k o l a. Sí, aquí están el compadre Bábich y el compadre Kalinich, que se encontraban allí, y pueden dar fe de lo que digo.

B á b i c h (*rascándose la nuca*). Estar allí sí estaba, no puedo negarlo, pero, compadre, yo no vi que el señor síndico te pegara hasta hacerte sangre. Que te dio un bofetón en una oreja, eso es verdad, pero que te rasguñara así la cara, eso no puedo decirlo.

A l d e a n o. Y yo también.

G u a r d a r u r a l. Mikola Zadorozhni, tengo que prenderle (*saca de la mochila unas espo-*

sas). Dése preso y no piense oponer resistencia, pues será peor.

Anna. ¡Oh, santo cielo, y qué desgracia la mía!

Mikola. ¿Prenderme? ¿A mí? ¿Por qué?

Guarda rural. Mejor que yo sabe usted por qué. Ayer por la noche han degollado en Kupiniú a toda la familia del posadero.

Mikola. ¡Recristo! ¿Y soy yo el culpable de eso?

Guarda rural. Yo no lo sé. ¡Quiera Dios que no lo sea! ¿Pero, diga usted mismo, no están todas las pruebas contra usted? Si no es culpable, nada tiene que temer; ante el tribunal se pondrá en claro que es usted inocente. Pero yo cumplo con mi obligación. ¡Tienda las manos!

Mikola. Bien sabe Dios que yo no soy culpable de nada. Puede usted hacer conmigo lo que se le antoje. (*Tiende las manos y el guarda rural le pone las esposas.*)

Guarda rural. Perfectamente. Y, dígame ahora, ¿dónde está el calzado que llevaba usted puesto ayer?

Mikola. Ahí, al lado de la chimenea.

Guarda rural. ¡Alguacil, acérquelo aquí!

El alguacil trae las botas altas de monte; el síndico y el guarda rural las revisan detenidamente junto a la ventana.

¡Mire! ¡Aquí hay sangre!

Síndico. Y en ésta también.

Guarda rural. Esto es otra prueba contra usted. ¡Póngalas a un lado!

Mikola. Eso es que me fue escurriendo sangre de mí mismo cuando iba por el camino.

Guarda rural. Ante el tribunal lo explicará usted todo; a nosotros eso no nos importa. ¿Tiene usted el hacha? ¿Dónde está?

Mikola. Ahí está, debajo del poyo.

Guarda rural. ¡Alguacil, tráigala aquí!

El alguacil la saca de debajo del poyo. El guarda rural y el síndico la miran detenidamente.

¡Fíjese! También tiene sangre. Aquí, en el mango.

Síndico. ¡Y aquí, en el lomo del hacha! ¡Y también en el corte!

Guarda rural. Póngala a un lado. Y ahora, enséñenos la zamarra que llevaba.

Revisan la zamarra

¡Ah! ¡Aquí también! Póngala a un lado. (*Se acerca a la cama y rebusca bajo la almohada y entre la paja. Dirigiéndose a Anna*) ¡Abra el arca!

Anna, que todo el tiempo ha permanecido como petrificada, no se mueve del sitio y se queda mirándole fijamente

¡Ama, oye lo que le digo! ¡Abra el arca! (*Como ella sigue atónita, él le quita violentamente la llave que lleva sujeta a la cintura, abre el*

arca y, secundado por el síndico, revuelven los dos todo lo que se encuentra allí.) No, aquí no hay nada. ¡Usted, señor síndico, el alguacil y ustedes, testigos, vayan con el detenido y registren el granero, el pajar, el corral, todos los rincones de la casa! Mientras, yo interrogaré al ama.

Síndico. ¡Vamos, Mikola, venga con nosotros!

Mikola. ¡Señor, Señor, sólo tú sabes por qué me cargas con esta pesada cruz! ¡Hágase tu voluntad! (*Sale, y, tras él, el síndico, el alguacil, Bábich y el aldeano.*)

ESCENA QUINTA

Guarda rural y Anna

Guarda rural (*Silencioso durante unos momentos, permanece inmóvil, en medio de la cocina, delante de Anna, que está de pie junto al hogar apagado. Después se yergue y levanta la cabeza. (Con acritud). ¡Anna!*

Anna alza la cabeza, le mira con indecible zozobra y
baja la vista.

Guarda rural. ¡Acércate aquí!

Anna se aproxima un poco a él y luego se queda inmóvil.

¡Más cerca, más cerca! Mírame a los ojos! ¡De frente!

A n n a (se esfuerza por mirarle a los ojos. Todo su cuerpo tiembla, después cae de rodillas ante él.) ¡Mijailo! ¡Mijailo! ¡No me atormentes! ¡No, no puedo mirarte! ¡Eres tan terrible!

G u a r d a r u r a l. ¡Tonta! ¿Qué puedes temer tú? Para los ladrones y los bandidos sí debo ser terrible: tal es mi trabajo. ¡Pero tú no tienes nada que temer!

A n n a. ¡Pero él no es culpable de nada! ¡Te juro que él no es culpable!

G u a r d a r u r a l. ¿Quién es él? ¡Ah, tu Mikola! Bueno; también puede ser que sea culpable.

A n n a. ¡No, no, no! ¡Jamás! Es un hombre tan bueno, incapaz de matar una mosca, ¡cuanto ni más una persona!

G u a r d a r u r a l. ¿Y a mí, me ha matado? ¡Me ha hecho desgraciado! ¡No, no me hables de él! ¿Qué me importa a mí él? Yo no soy su enemigo, pero hay pruebas contra él y debo arrestarlo. ¡Debo! ¿Comprendes? Tal es mi servicio. Si no es culpable, ante el tribunal se pondrá en claro.

A n n a. ¿Entonces, qué quieres ahora de mí? Pues si yo no estaba con él, nada puedo saber. Sólo sé que vino todo lleno de sangre y me dijo que el síndico le había pegado.

G u a r d a r u r a l. Eso a mí me tiene sin cuidado. Eso ya lo dirás ante el tribunal. Yo quiero

hablar contigo de otra cosa. ¡Anna, mírame a los ojos! (*La agarra de los hombros y se queda mirándola fijamente a los ojos.*) ¡Todavía estás maja, joven, fresca! ¿Anna, me quieres?

A n n a (*temblando*). ¡Mijailo, déjame!

G u a r d a r u r a l. ¡No, no te dejo! Dime ahora mismo, ¿me quieres?

A n n a (*vuelve la cabeza*). ¡No, no, no te quiero! ¡Me das miedo! ¡No te quiero!

G u a r d a r u r a l (*amenazador*). ¡Mírame a los ojos, me oyes!

Anna le mira a los ojos.

Dime ahora, ¿me quieres o no?

A n n a. ¡Mijailo! ¡Te lo pido por Dios, te lo suplico, no me atormentes! ¡Cuando clavabas en mí tus ojos siento tal angustia, tal miedo! ¡Yo misma no soy yo!

G u a r d a r u r a l. ¡Simplezas! Dime: ¿me quieres?

A n n a (*con voz apenas perceptible*). Te quiero.

G u a r d a r u r a l. ¡Dilo otra vez! ¡Más fuerte!

A n n a. Te quiero.

G u a r d a r u r a l. Pues no lo olvides. ¿Serás mía? ¡Mantente erguida, no tiembles! ¡Sábelo bien, no te escaparás de mí! ¡Quia, no creas que te dejaré escapar de mis manos! ¡Si después

de tantos años me ha sonreído la felicidad, ahora no la dejaré escapar! ¡La defenderé hasta con los dientes: no la soltare! Dime, ¿serás mía?

A n n a. ¡Por Dios te lo pido, Mijailo! ¡No hables así. ¡Yo estoy casada! Di juramento. ¡Es un pecado para mí pensar en tales cosas, oír hablar de esto!

G u a r d a r u r a l. ¿Y no fue pecado haberme dado a mí palabra y casarte después con otro? ¿No es un pecado robarme mi felicidad?

A n n a. ¡Y la mía, querido, también me la robaron! ¡Y mi corazón está destrozado! ¡A mí me casaron con un viejo! Con un hombre tan simple que con él ni al vado ni a la puente. ¡Todos hacen mofa de él; se ríe a costa suya todo el que tiene ganas! ¡Y tú todavía quieres acabar de perderme!

G u a r d a r u r a l. ¡Déjate de simplezas! ¡Si es verdad lo que has dicho antes, serás mía! Para vengarnos de los que nos separaron. En contra de todos los que nos robaron nuestra felicidad. ¡Robaremos nuestra felicidad para nosotros!

A n n a. ¡Dios nos castigará! ¡Sí, Dios!

G u a r d a r u r a l. No lo creas. Dios no necesita nuestro sacrificio. Y ya que las cosas han sucedido así, viviremos libremente y nos hartaremos de felicidad.

Anna. ¿Y nos durará mucho esa felicidad?

Guarda rural. La felicidad nunca dura mucho. La felicidad es un día, una hora, un minuto.

Anna. ¿Y después?

Guarda rural. ¿Después? ¡Para qué rompernos ahora la cabeza pensando lo que pasará después! Hasta ahora sólo hemos conocido desgracias y tormentos, y después será lo mismo. ¡Vaya una cosa! ¿Acaso te da miedo?

Anna (*sin apartar los ojos de él, apenas con un hilo de voz*). No, no me da miedo.

Guarda rural. Entonces, ¿quieres ser feliz?

Anna (*lo mismo*). Quiero.

Guarda rural. ¿Serás mía?

Anna (*lo mismo*). Lo seré.

Guarda rural. ¡Bueno, pues no lo olvides! Has dado tu palabra. Y si ahora me engañas, ¡ay de ti! Me vengaré terriblemente de ti y de él.

Anna (*lo mismo*). No, no te engaño.

Guarda rural. ¡Pero, despierta! Parece que hablas en sueños (*la ase de los hombros y la sacude*.) Ya vuelven. Ahora, retuércete los brazos con desesperación para disimular. Píde-me que tenga compasión de él. Y, en cuanto le lleven a la ciudad, vendré a tu casa.

Anna se retuerce los brazos y permanece de pie en silencio junto al hogar.

ESCENA SEXTA

Los mismos y Mikola, esposado, el síndico, el alguacil, Bábich y el aldeano.

Guarda rural. ¿Qué, señor síndico, han encontrado algo sospechoso?

Síndico. Nada, se puede decir que nada. Sólo en el trineo faltan dos tablones y el tercero está un poco manchado de sangre.

Guarda rural. ¡Ah, sí! Eso también es importante. (*Escribe en la libreta.*) Y ahora condúzcanlo. Y lleven consigo todas estas cosas. ¿Han quitado el tablón del trineo?

Alguacil. Sí, yo lo he quitado. Aquí está.

Guarda rural. Perfectamente. Llévelo y cuidado de que no desaparezca la sangre. Y usted, señor síndico, a ver cómo nos proporciona unas caballerías. No es cosa de conducir al detenido hasta la ciudad andando por la nieve. Además, puede ser que tenga cómplices, y no vayan a atacarnos y se lo lleven al pasar por el bosque.

Mikola. ¡Señor, Señor! Qué hacen conmigo? ¿Por qué me castigas tan duramente?

Síndico (*se rasca la nuca*). Obligar a cualquiera a que nos preste sus caballos, difícilillo es. El que tiene bestias ha salido con ellas a buscarse un jornal: bien para acarrear leña, bien para arrancar tocones. ¿Y si lleváramos los

caballos del mismo Mikola y los engancháramos a su trineo?

Guarda rural. Mira, no está mal la idea. Se puede hacer eso.

Síndico. Alguno puede ir con usted hasta allá: conducirá los caballos y volverá con ellos.

Guarda rural. Perfectamente. Es casi seguro que yo mismo tendré que volver acá, para buscar a los cómplices.

Síndico. Entonces, miel sobre hojuelas. Vamos, compadre Bábich, engancha el trineo.

Sale Bábich.

Mikola (*que mientras tanto ha estado sentado en el poyo, se limpia las lágrimas con la manga*). ¡Anna!

Anna (*como pasmada*). ¿Qué quieres, Mikola?

Mikola. Tú tienes el alma limpia de pecado, eres inocente. Pídele a Dios que se descubra pronto también mí inocencia.

Anna. El alma limpia... ¿Acaso no lo está la tuya?

Mikola. ¡Cuida de la hacienda! No es mucho lo que tenemos: cuida que no se pierda. No gastes cuartos en abogados que me defiendan. Con ayuda de Dios misericordioso saldré de este atolladero sin ellos.

Anna. Bueno, si así lo dispones...

M i k o l a. Sí, sí, sí. No busques procuradores. Confía en Dios. Sólo te... (*tiembla; el rostro se le altera entre sollozos; la abraza convulsivamente*). ¡Anna! ¡Anna mía! ¡Sólo te... te pido que no me olvides! (*Se limpia las lágrimas.*)

A n n a. ¡Vamos, vamos, Mikola! No está bien llorar delante de extraños. ¡Cálmate! Dios no nos dejará de su mano.

M i k o l a. ¡Cúmplase su santa voluntad! ¡Que sea de nosotros lo que tenga dispuesto! ¡Vamos, buena gente! (*Besa a Anna y sale; tras él salen el guarda rural, el síndico y los demás*).

A n n a (*cuando han salido, tiene un primer impulso de correr a la puerta, pero después se detiene, lleva las manos a la cabeza y luego se oprime convulsivamente los brazos*). ¡Sí, los ángeles del cielo han pasado volando por nuestra jata.

T e l ó n

ACTO TERCERO

Placeta delante de la posada. A la derecha, un camino vecinal; a la izquierda, un alto seto; al fondo de la escena, la posada con el amplio portón abierto de par en par. En la placeta hay algunos bancos, al lado del seto hay tendidos gruesos troncos en los que puede sentarse la gente.

ESCENA PRIMERA

Salen de la posada tres mozas con trajes de fiesta.

Moza primera. ¡Pronto muchachas, vamos corriendo a llamar a los mozos!

Moza segunda. ¿Para qué? ¿Qué ha dicho Shlioma?

Moza primera. Que habrá música. ¡Corred!

Moza tercera. ¿Pero ha dado permiso el síndico?

Moza primera. Por lo visto lo ha dado, ya que Shlioma lo dice.

ESCENA SEGUNDA

El síndico y las mozas.

Síndico (*pasa por el camino y vuelve hacia la posada al oír las palabras de las mozas*). ¡Ah, conque ya estáis esperando la música! Pues no lo ha permitido el síndico, no lo ha permitido ni lo permitirá por nada del mundo.

Moza tercera. ¡Velay! ¿Qué te había dicho yo?

Moza segunda. ¿Cómo, entonces, ni siquiera el miércoles corvillo va a haber música?

Síndico. No la habrá y no la habrá.

Moza primera. ¡No hagáis caso, muchachas! ¡Vamos corriendo! ¡Si Shlioma ha dicho que va a haber música, quiere decir que la habrá!

Las mozas se agarran de la mano y, riéndose, se marchan corriendo.

Síndico. ¡Ah, sí, urraca charlatana! ¿Conque para tí, la palabra de Shlioma vale más que la mía? ¡Espera, espera! (*La amenaza con la cayada, después se pone bien la zamarra y se dirige a la posada.*)

ESCENA TERCERA

Nastia y dos comadres más salen de la posada.

Nastia. ¿A dónde vais tan de prisa?

Comadre primera. Ya es hora de tornar para casa.

N a s t i a. Bueno, ya tendréis tiempo. Allá en la jata, gracias a Dios, no os esperan los críos. Vamos a sentarnos un poco aquí, en este tronco. ¡Eh, cómo calienta hoy el solecito, que es una bendición estar sentado aquí. Sólo estamos en vísperas de la cuaresma y parece que ya empieza la primavera.

C o m a d r e s e g u n d a. Pues nos sentaremos. No tenemos prisa por nada. Dicen que va a haber música: veremos como se divierte el mo-cerío.

Se sientan.

C o m a d r e p r i m e r a. ¿Entonces, dices, comadre Nastia, que lo de Mikola va mal?

N a s t i a. ¡Dios nos asista, comadre! Dicen que lo van a empapelar.

L a s d o s c o m a d r e s. ¡Señor misericordioso! (*Se santiguan.*)

C o m a d r e p r i m e r a. ¿Y quién podía pensar que era un criminal? Tan callado siempre, tan tranquilo...

C o m a d r e s e g u n d a. ¡Ay, vecina! La persona siempre es persona, y el diablo —que no saliese del infierno el maldito— siempre busca cómo tentarnos.

C o m a d r e p r i m e r a. Sí, dicen que se han llevado mucho dinero del posadero. ¿No sabéis si lo han encontrado?

N a s t i a. Por allá no tienen ningún rastro.

Mikola está callado como si le hubieran cosido la boca; no quiere acusar a sus cómplices.

Comadre primera. ¡Mira el zopenco! Como si le fuese a ayudar el que se pudran sus huesos bajo tierra, mientras los otros están vivitos y coleando.

Comadre segunda. ¡Quia, no es por eso! Pero ellos, los ladrones, tienen tal ley que uno negará que conoce a otro, aunque se pudra él mismo.

Comadre primera. ¡Lo que tienen es un corazón de pedernal! ¡Dios! ¡Y que nazcan en el mundo seres así; y que hayan mamado leche de la madre, y que anden por la tierra, y que canten y bailen!

Comadre segunda. No, comadre, lo que es cantar, no cantan. Jamás cantan. ¿Por un casual has oído tú cantar alguna vez a Mikola?

Comadre primera. ¡Esa es la verdad pura! En todos los años que conozco a Mikola, nunca le he oído cantar ni una copla. ¡Mira que hiel!

Comadre segunda. ¿Y su mujer...? ¡La pobre! ¡Tan joven, tan maja, tan de buena familia!... Pues por todas las aldeas hablaban bien de su padre, que esté en gloria. Era el más rico de toda la comarca, y además era mandante público. ¡Y ahora, hasta dónde ha bajado la pobre!

N a s t i a. ¡Quita allá, comadre! ¡Tú no sabes lo que es esa mujer!

Com a d r e p r i m e r a. ¿Qué es?

N a s t i a (*baja la voz de manera expresiva*). ¡La más perdida!

L a s d o s c o m a d r e s (*Juntan las manos con sorpresa!*). ¡Qué dices!

N a s t i a. Lo que estáis oyendo. ¿No véis que somos vecinas? Yo parece que no miro, pero no pierdo pelo ni señal de todo lo que pasa en su casa.

L a s d o s c o m a d r e s. Vamos, ¿y qué, y qué?

— ¡Cuenta, cuenta!

N a s t i a. ¿Qué os voy a contar? Da hasta repugnancia decirlo. ¿Sabéis con quién se ha liado? Pues con el mismo guarda rural que se llevó al marido.

L a s d o s c o m a d r e s. ¡Jesús, Jesús, Jesús!

N a s t i a. Ella hace mucho tiempo que le quería; cuando todavía era moza. Son los dos de la misma aldea. Pero los hermanos la casaron a la fuerza con Mikola.

L a s d o s c o m a d r e s. Bueno, eso no es ninguna novedad. ¡Pero con el guarda rural!...

N a s t i a. El duerme en su casa dos noches cada semana. Llega de oscurecida y se va en cuanto que amanece. El, sabéis, está buscando a

los cómplices de Mikola. El mismo se lo ha dicho a mi marido. ¡Qué os pensabais!

Las dos comadres. ¡Dios santo y justo!

ESCENA CUARTA

Anna, las comadres y Nastia.

En el transcurso de esta conversación van entrando poco a poco en escena mozos y mozas que, en grupos, charlan y ríen. Las mujeres casadas pasean con sus maridos por el camino. Unos entran en la posada, otros salen de ella.

Anna (*entra vestida de fiesta, mira medrosamente alrededor y se acerca a Nastia y a las comadres, que siguen sentadas en el tronco*). ¡Buenos días nos dé Dios!

Comadre primera (*con frialdad*). ¡Buenos días!

Anna. ¿No ha venido por aquí...? (*Interrumpe la frase y mira en torno*.)

Comadre segunda. ¿Preguntas por tu marido? No, por aquí no ha estado.

Anna (*Se vuelve asustada*). ¿Mi marido? No es por mi marido...

Nastia (*con tono acre*). Pues nosotras lo estábamos mentando en este mismo momento. ¿No has oído decir nada, comadre Anna? Parece que está muy malo.

Anna (*como inconsciente*). ¿Que está malo? No he oído decir nada. ¿Qué tiene?

N a s t i a (*con el mismo tono*). Se disponen a colgarlo.

A n n a (*se estremece, pero, al darse cuenta de la intención de Nastia, la responde con la misma acritud*). ¿Colgarlo? Bueno, esa es una enfermedad en la que yo no puedo ayudarle en nada. Si es culpable, que pague por sus culpas.

N a s t i a (*se vuelve de espaldas a ella y se dirige a la comadre primera*). ¿Sabes, un vecino de Nepitov ha estado en la misma celda que él, ha salido hace poco y ha contado a mi marido: “Zadorozhni, de vuestra aldea, me encargó que pidiera a su mujer que, por lo menos, fuese una vez a verle, que le llevase un poco de dinero y una camisa limpia. Y, además, que le buscase un abogado”.

A n n a sale del patio y desaparece por el camino.

ESCENA QUINTA

L a s m i s m a s, sin Anna. Llegan más mozos y mozas. Alegre barullo.

Comadre primera. ¡Qué infame!

Comadre segunda. ¡Ponzoña maldita!

N a s t i a. ¡No tiene corazón! Yo reparé en seguida en ello. Si hubiera dicho tan sólo una palabra cuando se lo llevaron preso, si por lo menos hubiese soltado una lágrima, como corresponde en toda mujer de bien! ¡Pero, quia!

Comadre primera. ¿Y a quién buscaría ahora por aquí?

Nastia. ¡Pues a quién va a ser; a su guarda rural!

Comadre primera. ¿Pero es que anda él por aquí?

Nastia. Hoy de mañana lo he visto en la iglesia... Quiere decir que está aquí.

Comadre segunda. Y me parece que yo lo he visto entrar donde el síndico.

Nastia. Ella seguramente que le estaría esperando en su jata, pero no habrá tenido paciencia para esperarlo más y ha salido a buscarle por toda la aldea.

Comadre segunda. ¡Quita allá, eso ya es demasiado! Hay que perder la vergüenza del todo.

Nastia. ¿Y tú te piensas que ella tiene ni miaja de vergüenza? Reparad en lo que os digo: ¡Todavía bailará con él!

Las dos comadres. ¡Qué peste! ¡Malos demonios se la lleven a la condenada!

ESCENA SEXTA

Los mismos; luego los músicos, después el síndico.

Mozos y mozas. ¡Ya vienen los músicos!
¡Los músicos!—¡Haced sitio para los músicos!

Algunos mozos sacan del zaguán de la posada un alto tablado y lo ponen en la placeta, pegado a la tapia.

— ¡Ajá!
— ¡Así estará bien!

Los músicos —tres aldeanos—, uno con un violín, otro con un contrabajo y el tercero con un pandero, entran y saludan a todos los lados. Después se suben a lo alto del tablado, en donde han puesto unas banquetas para ellos. Se sientan, pasan el arco por las cuerdas de sus instrumentos, afinándolos. Alrededor hay ruido, risas, bromas. La escena se va llenando de gente.

Síndico (*sale de la posada con aire terrible*). ¿Qué burla es ésta? (*Ve a los músicos.*) ¿Y vosotros, qué hacéis aquí? ¿Quién os ha dado permiso?

Los músicos se ponen de pie y se quitan los gorros.

Violinista. Señor síndico, nos han llamado. Nosotros somos alquilados. No es cuestión nuestra pedir el permiso. Nos han llamado y han dicho que se podía.

Síndico. ¿Y quién os ha llamado?

Violinista. ¡Pues los mozos! ¿Quién había de ser? Aquí están Andruj y Oleja y Stepán.

La muchedumbre se acalla. Se destacan de ella tres mozos y se inclinan ante el síndico.

Síndico. ¿Y vosotros qué queréis?

Mozo primero (*se inclina, saludando*). Queremos pedirle, señor síndico, que nos deje bailar un poco. Hoy es miércoles corvillo y será la última vez.

Síndico (*con acritud*). ¿Y tú quién eres?

Mozo primero. Pues yo soy el hijo de Vasilio Pivperechni, Oleja.

Síndico. ¿Y tú has estado hoy en la iglesia?

Mozo primero. Sí que he estado, señor síndico.

Síndico. ¿Y has oído lo que ha mandado el padre?

Mozo primero. Lo he oído, señor síndico.

Síndico. ¿Y os ha mandado por un por si acaso venir a la posada a bailar y divertirnos?

Mozo primero. Como mandarlo, no lo ha mandado.

Síndico. Entonces, ¿cómo escucháis vosotros al padre?

Mozo primero (*rascándose la nuca, se sonríe*). Pero quién lo va a escuchar, señor síndico. Si el pobre es ya muy viejo. ¿Acaso sabe él lo que necesitan los mozos? Entonces permítanos usted. ...Pues eso es cuestión de usted y no del padre.

Mozos. ¡Sí, sí! ¡Se lo pedimos!

—¡Señor síndico, déjenos bailar!

Síndico. ¡No, no os dejo! ¡No se puede!

ESCENA SEPTIMA

Los mismos y Shlioma.

Shlioma (*sale presuroso de la posada con una botella de vino y un cortadillo*). ¿Cómo, qué no se puede? ¿Por qué no se puede? (*Se dirige a los mozos.*) No, no os asustéis, si el señor síndico está de broma. ¿Y por qué no se va a poder? (*Llena el cortadillo.*) ¡Ea, por usted, señor síndico, que Dios le dé muchos años de vida!

Síndico. No, Shlioma, se te ha dicho que no se puede, pues no se puede. Beber un vaso lo beberé, porque tengo el gazzate seco (*bebe*) y te pagaré por él. Pero nada de bailes ni de músicas.

Shlioma. Señor síndico, pero usted no tiene derecho a prohibirme a mí... ¡Castañas! Eso es mi ganancia y tengo para eso mi patente.

Síndico. ¿Patente? ¿Qué patente?

Shlioma. ¿Cuál va a ser? ¡La que manda la ley! ¡Con todos los sellos y firmas! ¡Mírela acá! (*Saca del pecho un papel doblado en diez pliegues y se lo alarga al síndico.*)

Síndico (*desdobra con torpeza el papel y lo mira por todos lados, pues, sin duda, no sabe leer, y se lo devuelve después a Shlioma*). ¡Bueno!, si es así; ya que tienes patente, eso es otra cosa. Eso no entra ya en mis atribuciones.

S h l i o m a. ¿Lo veis, mozos? ¿No os dije yo que habría música? Vamos, ¿qué hacéis ahí como pasmados? ¡Sacad a bailar a las mozas! Mirad cómo os están esperando, dispuestas a bailar. (*A los músicos.*) ¿Y vosotros, qué, no echáis un trago?

M ú s i c o s. Pues claro que sí, también a nosotros nos corresponde.

E l c o n t r a b a j o. El mismo Dios lo dispuso.

S h l i o m a (*les ofrece un vaso de vino*). ¡Bueno, bebed, bebed! ¡Todo se da por bien empleado con tal que toquéis bien!

M ú s i c o s. Ya lo comprendemos.

S í n d i c o. Pero procurad que haya orden; sin ninguna blasfemia.

S h l i o m a. ¿Oís lo que manda el señor síndico? Nada de blasfemias.

S í n d i c o. Y en cuanto que se ponga el sol, cada uno a su casa y Dios en la de todos. Ya mandaré yo por aquí a alguien para que ninguno se atreva a...

S h l i o m a. ¿Y para qué, señor síndico? ¿Para qué dar trabajo a nadie? ¿Es que yo mismo no sé lo que hace falta? ¡En cuanto que llegue la hora, yo mismo diré que se acabó el baile! ¡Bueno, ahora a divertirse! Y a usted, señor síndico, le quisiera pedir que viniese un minuto conmigo. Tengo que decirle algo que le gustará. (*Se lleva al síndico a la posada.*)

ESCENA OCTAVA

Los mismos, sin el síndico y Shlioma. La muchedumbre se agrupa a los lados, dejando en medio espacio libre. Los aldeanos más viejos y las comadres se sientan cerca de los músicos en los poyos que hay pegados a las tapias y en los troncos. Los chicos se encaraman a lo alto del seto. Los mozos y las mozas en dos filas, forman un corro. Los músicos empiezan a tocar.

Un mozo. ¡Ea, vamos a divertirnos! ¡Afuera todas las penas! ¡A ver, músicos, una zarabanda! ¡Tocad una música tan alegre que los pies se pongan a bailar solos!

Los músicos tocan una zarabanda. Bailan algunas parejas. Algún tiempo después, los músicos dejan de tocar, las parejas se paran.

Un mozo. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué habéis dejado de tocar?

El violinista señala con el arco hacia la calle.

Varias voces. ¡El guarda rural! ¡El guarda rural! ¡El que metió a Mikola en la cárcel!

Todos se quedan callados, en sus rostros se refleja la inquietud y hasta el miedo.

ESCENA NOVENA

Los mismos, el guarda rural y Anna.

Guarda rural (*tira de la mano a Anna, que le sigue de mal grado*). ¡Bueno, vamos, vamos! ¿A santo de qué vas a tener vergüenza?

Anna. ¡Por Dios te lo pido, Mijailo! ¡Déjame! ¿No ves cómo nos mira la gente?

Guarda rural. ¿Y qué? ¡Qué miren hasta que se harten! ¿A mí qué me importa? No me da ni frío ni calor.

Anna. Pero a mí sí, me da vergüenza. Me arde la cara. La gente murmura y nos señala con el dedo.

Guarda rural (*le dirige una mirada terrible*). ¡Anna, yo pensaba que eras una mujer inteligente, pero veo que estás diciendo tonterías! ¿Después de todo lo que ha ocurrido, todavía te pueden importar las miradas y murmuraciones de la gente? ¡Quita allá, como una verdadera comadre de aldea!

Anna. ¡Mijailo!

Guarda rural. No, no me hables. No quiero saber nada, ni verte, ya que eres así.

Anna. ¡Mijailo!

Guarda rural. ¿Qué, vienes o no?

Anna. ¿Dios mío, y cómo no voy a seguirte?

Guarda rural. ¿Y vas a bailar conmigo?

Anna (*con espanto*). ¿Aquí?, ¿delante de todos?

Guarda rural. ¡Vuelta la burra al trigo! ¡Ni una palabra más! ¿Vas a bailar o no vas a bailar?

Anna (*susurra*). ¡Señor, Señor, dame fuerzas! (*Se agarra de su brazo. Ambos se acercan a la muchedumbre que está en la placeta.*)

Guarda rural. ¡A la paz de Dios!

Aldeanos y aldeanas (*saludan inclinando la cabeza*). ¡A la paz de Dios!

Guarda rural. Hace un momento que se oía aquí música y he visto que se bailaba.

Mozo primero. ¿Es que no se puede, por si acaso?

Mozo segundo. Hoy es miércoles corvillo.

Mozo tercero. El señor síndico nos ha dado permiso.

Guarda rural. Bueno, bueno; pero si yo no digo nada. Podéis bailar cuanto queráis. ¿Eh, músicos, tocad! Quiero ver cómo se divierte la gente por acá, en Nezvanichi. Y hasta puede ser que también me entren ganas a mí de dar una vueltecita. ¿Si es que me lo permitís, mozos?

Mozos. Claro que sí, pues no faltaba más.

Música. El guarda rural, después de ver un poco cómo bailan, toma a Anna del brazo y entra en la posada.

ESCENA DECIMA

Los mismos, sin el guarda rural y Anna.

Comadre primera. ¡Pero habráse visto; ha entrado con él!

Comadre segunda. Se ve que al principio ella tenía un poco de reparo. Se resistía un poco.

Nastia. Todavía no está acostumbrada, comadre, pero pronto se acostumbrará. El la enseñará.

Comadre segunda. ¡Qué hombre más terrible es él! Sobre todo cuando se ríe y enseña esos dientes tan grandes y tan blancos parece que se va a tirar a una para morderla.

Música. Los mozos y las mozas bailan. Poco después salen de la posada el guarda rural y Anna, y empiezan a bailar.

ESCENA ONCE

Los mismos. El guarda rural y Anna bailan. Poco a poco las parejas dejan de bailar y se apartan a un lado. En el rostro de todos se refleja la indignación. El guarda rural y Anna se quedan solos bailando.

Guarda rural (*al darse cuenta, se detiene con aire retador*). ¿Qué quiere decir esto? (*Mira alrededor*.) ¿Por qué no bailáis?

Mozos. Ya hemos bailado bastante (*se inclinan, saludando con mala intención*).

Guarda rural. ¿Cómo? ¿No queréis bailar más?

Mozo primero. No; ya estamos cansados.

Guarda rural. ¿Qué, mozos, lo hacéis por mí?

Mozo primero. Y puede ser que sea por eso.

Guarda rural. ¿Cómo? ¿Es que os vais a atrever a hacerme a mí un feo?

Mozo primero (*con más audacia*). ¿Y a nosotros, señor guarda rural, se nos puede hacer un feo?

Guarda rural. ¿Qué dices?

Mozo primero. Bailar con esa mujer.

Guarda rural. ¿Qué mujer?

Mozo primero. ¡Mejor que nosotros sabe usted cuál! ¡Nosotros no bailamos donde baile esa mujer!

Guarda rural. Bueno, pero yo bailo con ella. Y vosotros no os vais a atrever a hacerme un desaire. Yo soy un servidor del rey.

Mozo primero. Todos somos servidores del rey. Pero a la fuerza no nos hará usted bailar.

Guarda rural (*con más suavidad*). Y puede ser que sí. (*Llama.*) ¡Posadero! ¡Eh, Shlioma!

ESCENA DOCE

Los mismos y Shlioma, detrás de él, el
sindicó.

Shlioma (*con un embudo en las manos*).
¿Qué se le ofrece, señor guarda?

Guarda rural. ¡Venga un cubo de aguardiente y media cuba de cerveza para todos, por mi cuenta! ¿Has comprendido? ¡A escape!

Mozo primero. ¡Señor guarda, no gaste los cuartos en balde! Nosotros no vamos a beber su aguardiente y su cerveza y tampoco vamos a bailar donde baile esa mujer. No queremos ofenderles ni a usted ni a ella. Pero, por mucho que se empeñe, no podemos bailar donde bailen ustedes. Si es que quiere usted prohibirnos que nos divirtamos, nos vamos a nuestra casa, y asunto concluído. ¡Eh, zagales, mozas, vámonos a casa!

Sindicó (*se pone en el centro del grupo*).
¡Esperad! ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

Mozo primero (*inclinándose*). Nada, señor sindicó, hemos bailado ya bastante y nos vamos a casa.

Sindicó. ¡Cómo! ¿Tan pronto?

Mozo primero. Así lo ha mandado el padre esta mañana en la iglesia.

Síndico. ¡Bueno, déjate de bromas! ¿Cómo te atreves a sacar ahora esto a cuento? Yo tengo buen olfato. ¿O es que te piensas que soy tonto y no me doy cuenta de vuestros manejos?

Mozo primero. ¿Entonces, señor síndico, para qué pregunta usted?

Síndico. ¡Calla, zopenco! ¡Vergüenza os debía de dar de hacer tales cosas! Hoy el señor guarda rural es vuestro huésped, vosotros mismos lo habéis convidado, ¡no lo neguéis, lo he visto todo desde la ventana! ¿Y ahora formáis tal barullo? ¡Contra; y qué mal que está eso!

Mozo primero. ¿Y para nosotros está muy bien bailar donde está esa mujer?

Síndico. Anna es una mujer de bien. ¿Qué queréis de ella?

Mozo primero. Van a colgar al marido y ella está mientras bailando. ¿Es que eso lo puede hacer una mujer de bien?

Síndico. ¡No hagáis caso de cuentos, muchachos! Eso son embustes: al marido no lo han juzgado y todavía no se sabe si es culpable o no, y sin estar condenado, no cuelgan a nadie. Y si el señor guarda rural no tiene reparos en bailar con ella, tampoco tenéis vosotros derecho a ponerlos. Bueno, dejaos ya de repulgos, y os podéis dar con un canto en el pecho porque os

permiso bailar. Y usted, señor guarda, no discuta con los mozos. Usted mismo puede ver que no lo hacen con mala ley. Vamos, músicos, a tocar, a tocar.

Los músicos tocan otra vez; algunas parejas empiezan a bailar de mala gana. Un poco después, el guarda rural y Anna bailan de nuevo. De pronto, en medio de un compás, se interrumpe la música, todos los que bailan, menos el guarda rural y Anna, se quedan inmóviles.

ESCENA TRECE

Los mismos y, unos instantes después, Mikola. Los músicos y algunos de los que bailaban han visto a Mikola por el camino, antes de que aparezca en escena. El guarda rural y Anna están de espaldas a él.

Guarda rural. (*da una fuerte patada en el suelo*). ¡Con diez mil pares de demonios! ¿Otra vez? ¿Por qué os habéis parado? ¡Eh, músicos! ¿O es que queréis...?

Los músicos, en silencio, señalan con los arcos.

(*Se vuelve y ve a Mikola*) ¿Ah, qué ocurre?

Mikola (*va con la zamarra puesta, tiene la barba crecida, lleva un hatillo a la espalda, entra y saluda a todos*). ¡Dios sea aquí con todos vosotros, hermanos!

Todos. ¡Y con usted también!

A n n a (*al verlo lanza un grito*). ¡Jesús! ¡Estoy perdida! ¡Mikola!

M i k o l a (*con una triste sonrisa*). ¿Qué veo, y mi mujer también está aquí? ¡Esta sí que es buena! ¿Y usted, señor guarda? ¿Por lo que veo, les he cortado el jolgorio?

G u a r d a r u r a l. ¡Hola, Mikola! ¿Cómo estás? ¿Cómo van tus asuntos? ¿Te han puesto ya en libertad?

M i k o l a. Sí, gracias a Dios, me han soltado.

G u a r d a r u r a l. Mucho que me alegro (*se acerca a él y le da la mano*). ¿Sabes a quién le tienes que estar agradecido por esto?

M i k o l a. ¿Cómo lo voy a saber? ¿Por si acaso te dicen allí ni una palabra? Llegaron, me abrieron la celda, me mandaron que saliese, y eso es todo.

G u a r d a r u r a l. Pues tienes que agradecerme a mí.

M i k o l a. ¿A ti? ¿Por qué?

G u a r d a r u r a l. Porque yo he encontrado al verdadero asesino. Y no a uno solo. Sino a toda una banda. Y de hoy a mañana los detendrán a todos. Verdad que me ha costado no pocos sudores. A punto he estado de romperme la crisma. ¿Sabes?; desde el día que te llevaron a la cárcel sentía un reconcomio en el corazón. A pesar de todo, me parecía que no eras culpable y podías pensar que yo te había metido en todo

ese lío a caso hecho. Y no he podido quedarme tranquilo hasta que no he encontrado el rastro de los asesinos.

Mikola (*hace un profundo saludo al guarda rural*). Pues que Dios te pague por tus buenas obras, y por las malas... (*Dirige una mirada de reproche a Anna.*) ¡Por las malas, que Dios os perdone!

Guarda rural (*se ríe*). ¡Por las malas! A nadie he hecho yo una mala acción. Puede ser que alguien me la haya hecho a mí, pero no le guardo rencor a nadie.

Mikola (*dice apresuradamente*). ¡Y yo tampoco, yo tampoco! ¡Libreme Dios! ¿A quién le voy a guardar rencor?

Guarda rural. Y hoy, ¿ves?, a duras penas he podido sacar a tu mujer de casa para que tomara un poco el aire y viera a la gente.

Mikola. Gracias, muchas gracias, que por lo menos tú te has cuidado de ella. Ya lo oí, sí, lo oí en la cárcel, que tú te has preocupado mucho por ella. ¡Muchas gracias! (*Se inclina.*) Pero, Anna, ¿qué haces ahí parada como un marmolillo? ¿Por qué no saludas a tu marido?

Anna. Ya tendremos tiempo de saludarnos. ¿Es que vamos a hacerlo aquí, a la vista de todos?

Mikola. Es verdad, es verdad. Esto es

un asunto de familia; ¿para qué destaparlo delante de todos? Entonces, ¿vamos para casa? ¡Que Dios os guarde, buena gente! (*Se inclina ante todos y hace intención de salir. Anna tras él.*)

Guarda rural. ¡Eh, Mikola! ¡Espera un momento!

Mikola (*vuelve la cabeza*). ¿Qué quieres?

Guarda rural. ¿Pero, cómo, ni siquiera me invitas a ir a tu casa? Hoy es fiesta, y hay que remojarla. ¡Oh, no creas que te vas a marchar así como así!

Mikola (*un tanto confuso*). Bueno, si es ése tu gusto... Pero yo te confieso que no pensaba...

Guarda rural. ¿Y cuándo has pensado tú algo en tu vida? Siempre han pensado los demás por ti. Pero espera, si tú no sabes convidar, yo mismo te convidaré. ¡Eh, posadero!

Shlioma (*entra corriendo con unos vasos vacíos en las manos*). ¿Qué desea?

Guarda rural. Una botella de anís, otra de aguardiente de guindas y alguna otra buena cosa, mételo todo en una cesta. ¡Pronto! Te pagaré a toca teja.

Shlioma. No, no hace falta, ¿acaso puedo yo tomar dinero del señor guarda rural? ¿Y dónde hay que llevar todo esto?

Guarda rural. ¡A casa de Mikola! ¡Pero, volando, pronto!

S h l i o m a. ¡Bueno, bueno! (*Entra rápidamente en la posada*).

G u a r d a r u r a l (*sacude el gorro, saludando*). ¡Salud, y a conservarse, buena gente! (*Sale.*)

N a s t i a (*mascullo tras de él*). ¡Ojalá reventaras!

Música. Los mozos y mozas prosiguen el baile.

T e l ó n

ACTO CUARTO

La jata de Mikola.

ESCENA PRIMERA

Anna está sola.

Anna (*sentada junto a la ventana, devana hilaza en la devanadera y va contando las vueltas*). Once, doce, trece, catorce, quince. (*Se queda parada.*) Ya hace siete días que no ha vuelto a aparecer. Puede ser que venga hoy. Le temo y no puedo vivir sin él. (*Sigue devanando.*) Dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte. (*Se detiene otra vez, baja los párpados y se queda pensativa.*) ¡Y qué terrible es! ¡Qué tremendo! ¡Y qué fuerza! Me parece que si quisiera me destrozaría a mí y a ese... a ese pasmarote de mi marido. Con una sola mirada nos haría polvo. Y cuanto más terrible es, cuanto más vio-

lento me habla, me parece que le quiero más. Tiemblo toda, y hasta me parece que me disuelvo en él, que me hago una chispita de él mismo. Y entonces no tengo ni voluntad, ni pensamiento, ni fuerza, ni freno: nada. Entonces todo me da igual, y estoy dispuesta a dárselo todo, a tirarme al lodo si él lo quiere! ¡Ah! (*Sigue devanando.*) Veintiuna, dos, tres, cuatro (*Ata la madejuela.*) ¿Y no le he dado a él todo, todo lo que puede dar una mujer al hombre que quiere? Hasta mi alma, mi honra de mujer, mi buen nombre. ¡He roto por él el juramento que di! Yo misma me he convertido en mofa de las gentes. ¡Bueno, y qué! ¡Me da igual! El es todo para mí: y luz, y gente, y honor, y juramento. (*Devana.*) Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

ESCENA SEGUNDA

Guarda rural y Anna.

Guarda rural (*entrando*). ¡Buenos días, Anna! ¿Estás sola?

Anna (*deja caer al suelo la devanadera y el huso*). ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿Por qué has tardado tanto en venir?

Guarda rural. ¿Dónde está tu marido?

Anna. Ha ido a la era, a trillar.

Guarda rural. ¿Y qué dice?

Anna. ¿De qué?

Guarda rural. ¿No te echa nada en cara, no te pega, no te insulta?

Anna. ¿El? Ni palabra. Ni siquiera me ha preguntado por qué no fui a verle a la cárcel. Anda de acá para allá por la jata y cuida de la hacienda, lo mismo que antes.

Guarda rural. ¿Y tú no has tratado de empezar la conversación con él?

Anna. ¿Y de qué tengo yo que hablar con él? Le he tomado odio. Mejor sería que se hubiera podrido en la cárcel.

Guarda rural. ¿Y tú que crees; barrunlará lo que ha pasado entre nosotros?

Anna. Cualquiera sabe. A mí no me ha dicho ni una palabra.

Guarda rural. ¿Pero puede ser que los vecinos hayan ido con el soplo?

Anna. Puede ser. ¿Y a mí qué me importa eso? Ahora estoy tranquila, no temo nada, no pienso en nada, no quiero saber nada. Sólo pienso en ti. (*Se acerca a él con cortedad.*) Mijailo, ¿te puedo abrazar?

El guarda rural la abraza.

¿Y besarte?

Se besan

¿Sabes?; antes me hubiera muerto de vergüenza sólo de pensar que yo, una mujer casada, podía besar así a otro hombre. ¡Y ahora! (*En un arre-*

bato apasionado lo besa.) ¡Querido mío! ¡Ahora no tengo miedo ni vergüenza!

En este momento Mikola abre la puerta, pero, al ver que Mijailo y Anna se besan, retrocede y cierra.

Guarda rural (*con un susurro*). Era él.

Anna. ¡Pues que sea! ¡No le tengo ningún miedo!

Guarda rural. Tampoco soy de los que se asustan. Pero no quisiera tener ahora una conversación con él. Pues he entrado sólo de paso, por un minuto. Tengo todavía que ir a ver al síndico para entregarle una carta, y después vendré para estar un rato aquí. ¡Hasta luego! (*Toma la carabina y sale.*)

Anna. ¡No dejes de venir! ¡Te esperaré a la caída de la tarde! (*Luego se pone de nuevo a trabajar.*) Sí, nos ha visto. Bueno, ¿y qué? Si no se ha quedado ciego tiene que habernos visto. De todas maneras, si no es ahora, más tarde o más temprano nos hubiera pillado. Yo no pienso esconderme de él. ¡Que haga conmigo lo que quiera! (*Va contando en voz baja las vueltas y ata la madejuela.*)

ESCENA TERCERA

Mikola y Anna.

Mikola (*entra con el mayal en las manos*).
¿Estás sola, Anna?

A n n a. Sola.

M i k o l a. ¿Y ése... el guarda rural... se ha ido ya?

A n n a. Ha ido a ver al síndico, pero ha dicho que vendrá pronto. ¿Querías hablar con él?

M i k o l a. ¿Yo? No... Acaso... sí... una palabrita... ¡Pero no! ¿Para qué hablar con él? Ves, se ha soltado la correa del mayal y he venido a sujetarla. ¿No tienes por ahí un cordel fuerte?

A n n a. No. Toma un poco de hilaza y tuércele tú mismo.

M i k o l a. Sí, habrá que hacerlo así. (*Toma unas hebras de la hilaza, hinca en la mesa la lezna, separa la hilaza en varios ramales, la moja con saliva y empieza a torcerla.*)

Anna sigue devanando y contando en voz baja las vueltas.

(*Después de una pausa.*) ¡Anna!

A n n a. ¿Qué?

M i k o l a. Entonces este guarda rural, este Mijailo Gurman...

A n n a. ¿Qué necesitas tú de él?

M i k o l a. Ya sé que cuando eras moza le querías... y ahora le sigues queriendo.

A n n a (*deja de devanar y se queda mirándole*). Bueno, ¿y eso, qué?

M i k o l a (*bajando la cabeza*). Nada. ¡Acaso te digo yo algo! (*Queda callado un momento,*

después empieza a llorar inclinando la cabeza sobre la mesa.)

A n n a. ¿A santo de qué lloras ahora? ¿A santo de qué me destrozas el corazón?

M i k o l a. Porque... porque... el mío está también destrozado (*se pone de pie y se acerca a ella rápidamente*). ¡Anna! ¿Pero será posible que tú... que no me quieras nada?

A n n a. ¡No!

M i k o l a. ¿Y no me has querido nunca?

A n n a. ¡No!

M i k o l a. ¿Y no puedes obligarte a ti misma a vivir conmigo como antes?

A n n a. No. (*Baja la cabeza.*) Todo se ha acabado.

M i k o l a (*se vuelve*). ¡Qué le vamos a hacer! Por lo visto, tal es la voluntad de Dios. ¡Señor, Señor, para qué me has sacado de la cárcel! ¿Por qué no has dejado que me pudriera allí? Pensaba que no había peor tormento que la falta de libertad. Cuando vinieron a la celda y me dijeron: "Mikola, estás libre, vemos que eres inocente", ¡Señor que estás en los cielos!, a punto estuvo de escapárseme el corazón del pecho de la alegría. Alas pedí a Dios que me diera para volar cuanto antes a casa, y aquí me he encontrado con algo... con algo que hasta la lengua no acierta a decir. ¡Con algo que hasta el encierro en la cárcel me parece ahora un paraíso! (*Solloza.*) ¿Qué pecados he cometido para que

el Señor me castigue tan duramente? ¿En qué le he ofendido? ¿Con qué lo he irritado?

A n n a. ¡Calla ya, Mikola, deja de llorar! Y no descargues las culpas sobre mí. Bien sabes tú que en esto yo soy inocente. ¡Me casaron a la fuerza contigo! Mientras he podido aguantar, te he sido fiel, aunque quería a otro. Pero ahora ya no tengo fuerzas para más.

M i k o l a. ¿Entonces, qué podemos hacer? ¿Cómo vamos a vivir?

A n n a. ¡Tú haz lo que quieras; lo que te dicte la conciencia! ¡Mátame, o échame de casa, o déjame en ella: me da igual!

M i k o l a. ¡Escucha, Anna! ¡Te comprendo! ¡Te quiero! Siento tanta lástima de ti como de mí mismo. No quiero ser tu verdugo, pues ya sé que aun sin mí has sufrido bastante. Pero sólo te pido una cosa. ¡Cuida de la gente! ¡No de mí, ya que yo no soy nada para ti! ¡Pero de la gente! Que la gente no se ría de nosotros!

A n n a. ¿Pero es que yo les puedo prohibir reírse? ¡Pues que se rían, si tienen ganas!

M i k o l a. Pero, de todas formas. No vayas con él donde te vea la gente. No me arrastres también a mí, pobre desgraciado, por el barro. ¡Y, si no, mátame, para que no vea tal cosa!

A n n a. ¡Eso no depende de mí, Mikola! Yo ahora sólo conozco a un señor —él—, lo mismo que hasta ahora sólo te conocía a ti. Lo que él me dice, eso hago, y con nadie más cuento. Si

es vergüenza, pues que sea vergüenza; si es muerte, pues que sea muerte. ¡Con él nada me da miedo! Y tú haz lo que te parezca.

Mikola (*se lleva las manos a la cabeza con desesperación*). ¡Señor, Señor, ha perdido por completo el juicio! Habla como en sueños. ¡Ha sido él, el maldito, que la ha embrujado, la ha dado algún bebedizo, la ha vuelto loca para reirse de mí! (*Da vueltas por la cocina con una expresión de profundo dolor en el rostro.*)

Anna sigue devanando.

ESCENA CUARTA

Los mismos y el guarda rural.

Guarda rural (*entrando*). ¡A la paz de Dios! ¡Salud, Mikola!

Mikola (*sombrío*). ¡Dios te guarde, Mijailo!

Guarda rural (*riendo, le da unas palmadas en el hombro*). Todavía está por la primera vez que hables conmigo como un antiguo conocido.

Mikola. Más me valdría no haberte conocido nunca.

Guarda rural. ¿Por qué? ¡Pero hombre, Mikola, y que enfurruñado estás! Ni que hubiera degollado a tu padre.

Mikola. Peor mal me has hecho.

Guarda rural. ¡Vamos, déjate de dar vueltas a la mollera y no digas tonterías! ¡Mejor es que te sientes acá! (*Le hace sentarse a la fucrza junto a la mesa, pone la carabina y el gorro en el otro extremo de la mesa, y después saca del morral una botella de aguardiente.*) Mira, ahora tú y yo vamos a preguntarle a esta adivina cómo vivir en este mundo. ¡Anna, busca por ahí algún vasejo!

Anna se levanta y pone en la mesa un cortadillo, pan y queso.

Mikola. Se agradece, no bebo.

Guarda rural. ¿Cómo, que no bebes? ¡No me vengas con cuentos, Mikola! ¡La semana pasada bebías y ahora ya no bebes! ¡Pamemas! (*Llena el cortadillo.*) ¡A tu salud Mikola! (*Bebe.*) ¡Ah!... Ves, yo ya he bebido solo. (*Le llena el vaso.*) ¡Toma, bebe! Y no te aflijas. ¡Deja a un lado las penas y las tristezas! Que se aflijan los caballos, que tienen la cabeza grande.

Mikola (*toma el vaso*). ¡Que contra: veo que contigo no se puede! ¡Pues que revientes, Mijailo! (*Bebe.*)

Guarda rural (*riéndose*). ¡Ja, ja, ja! “¡Que revientes!” ¡Buena suerte me deseas! ¡Qué bromista eres, Mikola, pero qué bromista! (*Le da unas palmadas en el hombro.*)

Mikola. ¡Qué quieres, Mijailo, cada uno tiene su destino en este mundo!

Guarda rural. ¿Entonces, tú piensas que mi destino es reventar?

Mikola. Pienso que eso sería lo mejor para mí, para ti y para ella. (*Señala a Anna.*)

Guarda rural. Y para ella. ¡Pero si nos hemos olvidado del ama de la casa! (*Llena el vaso.*) ¡Toma, Anna, bebe a la salud de tu marido!

Anna. ¡A tu salud, Mijailo! (*Bebe.*)

Guarda rural. ¡Ja, ja ja! ¿Ves, Mikola?, tu mujer me desea una cosa muy distinta. ¡Bueno, beberemos ahora a su salud!

Beben.

Mikola. Vaya si es fuerte tu aguardientillo de guindas, Mijailo. Dos cortadillos nada más y ya se me ha subido a la cabeza.

Guarda rural. ¡No hagas caso de eso, compadre! Es porque tienes la cabeza débil, y por eso... Pues una cabeza fuerte resiste hasta diez cortadillos sin sentirlo.

Mikola (*apoyando la cabeza en la mano*). ¿Dices que tengo la cabeza débil? ¡Verdad dices! Ya sin tu aguardiente me daba vueltas, y ahora está mucho peor. ¿Sabes lo que te digo, Mijailo, como amigo, por nuestra antigua amistad?

Guarda rural. ¿El qué?

Mikola. ¿Y si dejases de venir a mi casa?

Guarda rural. ¿Por qué, Mikola? ¿Es que te aburro ya, o qué?

Mikola. Aburrirme, no me aburres, pero... sencillamente. Me parece que sería mejor si no aparecieses por aquí.

Guarda rural. No puedo, hermano, te lo juro. Mi servicio es tal que el camino para ir a él pasa justamente por delante de vuestra jata. Y además, amigo del alma, hay también otro motivo.

Mikola. ¿Cuál?

Guarda rural. Aunque es un secreto del servicio, pero... qué se le va a hacer, te lo diré. ¡Pero vamos a beber antes! ¡A nuestra salud! (*Llena el vaso y beben.*) Pues mira cuál es el asunto, amiguito. Al parecer, te han soltado de la cárcel...

Mikola (*da un salto en el asiento*). ¿Al parecer? ¿Por qué al parecer?

Guarda rural. ¡Calma, calma; tú en seguida lo tomas todo a pecho; cualquiera diría que te sientes culpable! ¡Ay, Mikola, Mikola! ¿Pero tú mismo te consideras inocente, no es verdad? (*Insistente.*) ¿Tu conciencia te dice que no eres culpable? ¿Verdad? (*Le mira directamente a los ojos.*)

Mikola (*indignado, casi gritando*). ¡Te juro por Dios que es verdad!

Guarda rural (*haciendo befa de él*). ¡Bueno, bueno, Mikola! ¡No hables así! Sobre

todo delante de un guarda rural no se sueltan ciertas palabras así como así. Nosotros, los guardas rurales, pensamos de la siguiente manera: si recaen sospechas sobre alguno y empieza a poner a Dios por delante como testigo, quiere decir que no tiene la conciencia completamente tranquila. Quiere decir que algo hay...

Mikola (*asustado*). ¡Entonces... quiere decirse que... tú piensas que yo!...

Guarda rural (*se echa a reír y le da unas palmadas en el hombro*). ¡Ja, ja, ja! ¡Eres una criatura, Mikola! ¡Mira lo que pienso! ¡Se te puede asustar con cualquier tontería! ¡No tengas miedo! ¡No es tan fiero el león como lo pintan! Todo eso que parece ahora tan terrible, no lo es tanto, después de todo. Lo poco espanta y lo mucho amansa.

Mikola. ¿Pero qué es lo que quieres decir? No te comprendo del todo.

Guarda rural. Ya me comprenderás, hermano, ya me comprenderás cuando llegue el momento. Y ahora, ¿sabes lo que te aconsejaría?

Mikola. ¿El qué?

Guarda rural. Cálmate. No levantes mucho barullo. Vive tranquilo y en paz, como Dios manda, y no hagas ningún caso de lo que pasa a tu alrededor.

Mikola. ¿No hacer ningún caso? ¿Y tú crees que eso es posible?

Guarda rural. ¿Y por qué no? Claro que es posible. ¡Créeme a mí, amigo! Yo ya he dado muchos tumbos por el mundo, he visto mucho y algo sé. Pues mira lo que te digo: miles de personas viven como tú, y ni siquiera preguntan cómo ha podido ocurrir eso, de dónde ha venido, quién tiene la culpa. ¿De dónde va a sacar el hombre caletre para poder desenredar esa maña? Lo que tiene que suceder no lo podrás evitar. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Hay que tomar la vida tal como es; hay que vivir como se puede!

Mikola. ¿Con el corazón destrozado?

Guarda rural. ¡Qué tonterías, el corazón! ¿Y quién lo tiene entero?

Mikola. ¿Y siendo el hazmerreir de la gente?

Guarda rural. ¡Manda al cuerno a la gente! ¡Para lo que sirve! Y si tú te vas a reir de ellos, ellos no se reirán de ti. Y aún vendrán ellos mismos a buscarte.

Mikola (*pensando*). Pues no me parece tan malo tu consejo. Sólo que es demasiado fuerte para mi pobre cabeza. (*Se agarra la cabeza y empieza a sollozar.*) ¡Oh, demasiado fuerte, demasiado fuerte! ¡No, no lo aguantará mi cabeza!

Guarda rural. No tengas miedo; lo aguantará. Yo te ayudaré. Le volveré la cabeza de una guantada a todo el que se atreva a reirse de ti.

Mikola. Muchas guantadas tendrás que dar.

Guarda rural. Por eso no te asustes, eso ya es cosa mía. Ahora, amigo Mikola, ¿sabes lo que te digo?

Mikola. ¿Qué?

Guarda rural. Veo que estás muy cansado. Que tienes ganas de dormir. Mira, vete a la era y echa un sueño allí.

Mikola. ¿Y tú?

Guarda rural. Por mí no te preocupes. Yo también descansaré un poco y después me iré a casa.

Mikola. ¿Y no será mejor, Mijailo, que tú vayas a la era y duermas allí?

Guarda rural. ¡Vamos, vamos, no vengas ahora haciendo la comedia! Aquí tienes tu zamarra. (*Descuelga la zamarra de la percha y se la echa sobre los hombros. Toma de la cama una almohada y una manta y se las pone también sobre los hombros*). ¡Vete ya! (*Le empuja hacia la puerta.*)

Silencio. Tras de la escena se oyen unos profundos suspiros y los lentos pasos de Mikola, que se aleja.

ESCENA QUINTA

El guarda rural y Anna.

Guarda rural (*abraza a Anna*). Bueno, ahora ya estamos solos.

Anna. ¡Chiss! Temo que sea capaz de hacer cualquier cosa.

Guarda rural. ¡No tengas miedo! Ahora está muy débil: lleva el vino agrio. Se meterá entre la paja y se quedará dormido.

Anna (*apretándose contra él*). ¡Mijailo, Mijailo! ¿Qué nos va a pasar? ¿Hasta dónde va a llegar esto? ¿Cómo terminará?

Guarda rural. ¡Tontuela! ¡Mira lo que la preocupa! ¡Como si alguien en el mundo supiera en qué va a terminar y hasta dónde va a llegar! ¡Vive y respira, mientras tengas vida! ¿Estás mal? Pues si no estás mal, dale gracias a Dios. ¡Cuando llegue lo malo, empezarás a pensar en ello! ¿Cómo terminará? Pues no terminará de ninguna manera. Viviremos mientras podamos vivir. Nos querremos hasta que nos queramos. Nos reiremos en la cara de la gente hasta que podamos, hasta que no nos pisoteen. ¿Y después? Después todo se acabará: moriremos todos y caeremos entre las garras del diablo. Así terminará todo, si es que quieres saberlo. (*La abraza.*)

Telón

ACTO QUINTO

La jata de Mikola. Es de día. La mesa está desplegada y alrededor de ella, y en los bancos y poyos que hay junto a la pared, están sentados algunos aldeanos y aldeanas, entre ellos Bábich y Nastia. Mikola, medio borracho, con un cortadillo en la mano, está en medio de la cocina. En la mesa hay una botella grande de aguardiente, pan y sal

ESCENA PRIMERA

Mikola, Bábich, Nastia, aldeanos y aldeanas. Los aldeanos, con voz aguardentosa, cantan "La cigüeña".

"Ay, allá, tras el bosque;
ay, allá, en el prado.
El prado-o-o-o (2), el prado,
un mozo araba el campo,
el campo-o-o-o (2), el campo.
Ay, sembraba el cáñamo,
el cáñamo-o-o-o (2), el cáñamo.
Y gustóle a la cigüeña,
cigüeña-a-a-a (2), la cigüeña.
Ay, a esta cigüeña,
cigüeña-a-a-a (2), cigüeña,
una pata he de romperla,
romperla-a-a-a (2), romperla

Los aldeanos y aldeanas, mientras cantan la última estrofa se balancean en el banco, empujándose los unos a los otros, y mueven la cabeza, mirando a Mikola, que está en medio de la jata, con la cabeza hundida en el pecho y sostiene el vaso en la mano temblorosa.
Cuando terminan de cantar:

Mikola. ¡Vaya, compadre, a tu salud!
(*Bebe.*)

Bábich. ¡Que Dios te la depare buena!

Mikola. ¡No, no hables así! ¿Qué puede haber bueno? Si yo no le pido nada bueno a Dios. ¡Ya tengo bastante con lo que me ha dado!
(*Llena el vaso y se lo pasa a Bábich.*) ¡Vamos, bebe!

Bábich. ¡Se agradece! ¡No, compadre, no despiertes la cólera de Dios! Todos estamos en sus manos. Sucede a veces que uno piensa que Dios ha echado sobre su cabeza yo no sé cuántas desgracias y después de pasado algún tiempo se para uno a considerar, y parece que todo se ha vuelto en su provecho. ¡A tu salud, vecino! (*Se vuelve con el vaso hacia el que está a su lado y bebe.*)

Aldeano primero. ¡Qué Dios te la dé!

Mikola. No, no me vengas a mí con ese cuento. Yo ya he probado en mi propia pelleja qué provecho he sacado. No, vecinos, ¿sabéis lo que os digo? ¡Me parece que Dios nuestro Señor a veces hace de nosotros monigotes para divertirse!

Aldeanos. ¡Alabado sea el santísimo nombre de Dios! ¿Pero qué dices, Mikola?

¡Eso es una herejía!

Mikola (*sacude la mano con desprecio*). Solo una cosa me sostiene en este mundo: el aguardiente. (*Toma otra vez el cortadillo, lo llena y bebe.*)

Nastia (*está sentada junto a la ventana, mueve de un lado para otro la cabeza y dice a la comadre primera*). Ya barruntaba yo que las cosas se tornarían así. Lo juro por Dios que está en los cielos que esa mujer no tiene vergüenza ni corazón.

Comadre primera. A buen seguro que no te equivocas. Mi viejo me ha dicho que va a hablar en el concejo para que la den una buena tunda de vergajazos delante de todos; así no le entrará más antojos a ninguno.

Nastia. Verdad que había que hacerlo. Y hoy mismo, en la iglesia, ¿la has visto? ¡Te juro que jamás vi tal cosa! Con un hombre que no es su marido entró en la iglesia. Y luego, cuando se levantó, ¿qué te piensas, que se volvió de cara al santo altar? ¡Quita allá! Se volvió de cara a él, la bribona, a decirle un rezo. Las mujeres que estaban cerca de ella se apartaron, como si estuviera apestada, y ella ni siquiera hizo como que había reparado. Y así estuvo toda la misa. Toda no: en cuanto que cantaron el "Altísimo",

él salió de la iglesia, la hizo un guiño, y ella salió detrás.

Comadre primera. ¿Y dónde se habrán metido ahora?

Nastia. Pues a buen seguro que en la posada. Allí estarán los dos solos encerrados, disfrutando a sus anchas. (*Siguen murmurando en voz baja.*)

Bábich. Entonces, compadre Mikola, ¿decías que tu mujer te mata de hambre?

Mikola. ¿Quién? ¿Yo? ¿Cuándo he dicho yo tal cosa? ¿Dónde?

Bábich. Bueno, pues yo lo he oído.

Aldeano primero. Y yo también lo he oído. Por toda la aldea lo dicen.

Mikola (*con ímpetu de borracho*). Mentira y más que mentira. Todo eso son habladurías. Y todos los que las cuentan mienten. ¡Pero contra: qué le importa a nadie y qué tiene que ver nadie con mi mujer y conmigo!

Nastia. Verdad es que eso no son cosas nuestras. Pero, alguien hay que tiene algo que ver con ellas.

Mikola. ¿A quién le importa lo que comemos, lo que guisamos, si estamos hartos o con hambre?

Bábich. Pero compadre, no te subas a la parra porque te lo he preguntado. Pues no ha sido con mala intención. ¿Sabes?, es que alguno piensa en el concejo...

Mikola. ¿Cómo, cómo, cómo? ¡Que se atreva el concejo a tocar un pelo de la ropa a mi mujer! ¡Nadie tiene derecho!

Bábich. Bueno, si es que quieres engañarte a ti mismo, bien está. Sólo que, ¿sabes?, la gente dice que da muy mal ejemplo: a la vista de todos, perdona, andar liada con ese Gurman.

Mikola (*se lleva la mano a la cabeza con desesperación*). ¡Contra, contra, recontra! ¡Gente, gente! ¡Queréis degollarme sin cuchillo! ¡No me atormentéis más! ¡No me hagáis pedazos el corazón! ¡No reparéis en lo que hace mi mujer! ¡Tomad, bebed en paz y en gracia de Dios, ya que habéis venido a mi casa, bebed y contad algún cuento alegre! ¡Cristo! Ya sin vosotros es para mí una carga muy pesada, y todavía queréis echarme encima.

Nastia. Pero, vecino, ¿es que no sabemos nosotros que te pesa mucho la carga? (*Bebe.*)

Mikola. ¡Sí, comadre, mucho me pesa, mucho! (*Llena el vaso y bebe.*)

Nastia. Dicen que se pasa los días enteros sin hablar ni una palabra contigo.

Mikola. ¿Y de qué vamos a hablar? Ella calla, y yo callo. Y así pasamos todo el día. Ella no hace más que mirar por la ventana para ver si viene él. Y a mí ni siquiera una palabra.

Nastia. ¡Oh, pobre, pobre de ti! (*Llena el vaso y bebe.*)

Mikola. ¡Sí, comadre, pobre, pobre! ¡Solo en

el mundo. (*Llena el vaso y bebe.*) Como una hierbecita en el campo. (*Llora.*)

N a s t i a. Crees que yo no sé que muchos días hasta pasas hambre, porque ella nada más prepara comida para su gerifalte. Compadre, pero si yo soy la vecina que tienes más cerca. Todo lo sé, todo lo veo, aunque a veces preferiría no verlo. ¡El corazón se me parte! ¡Te lo juro, compadre, que se me parte! (*Llora y abraza a Mikola.*)

B á b i c h. Bueno, bueno, mujer, ¿no te parece que ya es hora de volver para casa?

A l d e a n o s. Sí, sí, ya es hora.

M i k o l a. ¡Buena gente! ¡Honrados vecinos! Esperad todavía un poco. ¿Por qué tanta prisa? ¡No os marchéis! Estoy contento de oír hablar a personas en mi casa. ¡Hablad, hablad, bebed! Sin reparo. Mirad, aquí está el cortadillo. ¿Qué? ¿Que la botella está vacía? Ahora mismo traigo otra. Un tonel tengo lleno en el granero. ¿Qué puedo hacer yo, pecador de mí? Ya que se ha desplo-mado sobre mí tal desgracia, ¿qué voy a hacer? Ningún trabajo me atrae: ¿para qué quiere uno vivir, para qué cuidar la hacienda? ¡Maldita sea! ¿Para qué me hace falta? He agarrado y he vendido los caballos, he escondido el dinero y ahora me lo voy bebiendo poco a poco. ¡Que se lo lleve el diablo! En cuanto que se termine, venderé otra cosa.

B á b i c h. ¡Ah, compadre, compadre, y que mal haces! ¡Qué tonterías se te han metido en la

cabeza! ¡Y que por una mujer tan callealtera tires tu hacienda!

M i k o l a. ¿Y para qué me hace falta? ¿Es que mi vida es vida? ¡No, compadre, esto no es vida! ¡Todo se ha perdido! ¡Y venderé las tierras, y venderé la jata! ¡Que se lo lleve en noramala el demonio!

B á b i c h. ¡Calla, calla! “¡Venderé, y luego, qué!”

M i k o l a. ¿Cuándo, luego? ¿Cómo, luego? Para mí ya ahora es luego. Ya ahora se ha terminado todo. Luego ya no habrá nada. ¡Nada, nada! ¡Qué se hunda todo! (*Sale con la botella.*)

C o m a d r e p r i m e r a. ¡Lo han convertido en un guiñapo! ¡Lo han desquiciado por completo!

C o m a d r e s e g u n d a. Nunca tuvo el pobre mucho caletre, pero hasta lo poco que tenía lo ha perdido.

N a s t i a. ¿Qué os apostáis que ella le ha dado a beber cualquier bebedizo?

B á b i c h. ¡Sobre todo da pena la hacienda! ¡Tanto, tanto como ha trabajado el hombre para sacarla adelante, toda su vida trabajando, hasta echar los bofes, toda la vida atormentado y padeciendo, Señor, y con cuántos sufrimientos! Y al fin, cuando ya había llegado a tener alguna cosa, y parecía que ya podía vivir tranquilo y dar las gracias a Dios, y guardar algo para los hijos. . . ¡Toma, ahí tienes! Como un incendio, como un rayo en medio de un día despejado.

Comadre primera. ¡Y qué verdad es! Pero dices, compadre Bábich, guardar algo para los hijos. ¡Pues ésa es la desgracia: que no tienen hijos! Si ella hubiera tenido un hijo, no habría hecho lo que ha hecho. También quiero darle a ella su parte de razón.

Aldeano primero. Pues yo no lo creo así. Cuando una mujer nace descarriada, no la puedes sujetar en casa ni atada con una cadena. Y también dejará tirados a los hijos.

Comadre primera. ¡No, compadre, no estás en lo justo en eso que dices, y bien sabe el Señor que no es así. ¡Los hijos son algo muy grande! Los hijos son la mitad de la madre. Puede ser que una mitad de ella se fuera de buena gana, que hiciera cualquier disparate, pero la otra mitad no la deja y grita: “¡Y nosotros, madre! ¿Qué va a ser de nosotros?”, y no dejan marchar a aquella mitad.

Mikola (*entra con la botella y la pone en la mesa*) ¡Aquí la tenéis! ¡Toda nuestra alegría! ¡El único consuelo! (*Levanta en alto la botella, la agita y la pone de nuevo en la mesa.*) ¡Llenita! ¡Para todos alcanzará! Compadres honrados, vecinos queridos: ¡Qué Dios os dé salud! (*Llena el vaso, bebe y hace seguir la ronda.*)

Bábich. ¡Compadre Mikola, eh, compadre!

Mikola. ¿Qué quieres?

Bábich. Pues quisiera decirte una cosa, pero temo que te enojés conmigo.

Mikola (*se sienta a su lado, le abraza y rompe a llorar.*) ¡Dime lo que sea, dímelo! Tú eres mi vecino más allegado y mi consejero. ¡Dime!

Bábich. Tú, compadre, no lo tomes a mal, pero eres demasiado blando, demasiado manso.

Mikola (*mueve de un lado para otro la cabeza y suspira profundamente*). ¡Ay, sí, sí; demasiado blando, demasiado!

Bábich. Y ellos, que ven que tú eres como eres, se te montan en la cabeza.

Mikola (*se agarra la cabeza*). ¡Sí, sí, se montan, se montan! ¡Hasta me cruje ya la mullera! (*Llora.*)

Bábich. ¡Maldita sea, compadre! ¡Calla y no llores más! ¡No seas criatura!

Mikola. ¿Que no sea criatura? ¡Y qué quieres que haga!

Bábich. Pues tener bien sujeta de las riendas a tu mujer. Ajústale las cuentas como es debido, amenázala, y si es menester, asíéntale bien las costuras de vez en cuando. Ya sabes: a la mujer, como al caballo, le gusta el látigo, y sin él no sirve para nada.

Mikola. ¡Para nada sirve, para nada!

Bábich. Y por lo que respecta a ese Gorman, ponle también en su sitio. ¿Es que te tiene prisionero, o qué? Hazle saber que tú eres el amo de tu jata. Prohíbele que ponga los pies, en ella.

Mikola. ¡Pero si ya se lo he pedido; pero él, que va, ni caso; todavía se ríe!

Bábich. “¡Se lo he pedido!”, pero —¡Por los clavos de Cristo!—, ¿quién pide tales cosas? Claro es que él maldito el caso que hace de tus ruegos. ¡Tienes que exigírselo como es debido, con más decisión!

Mikola. ¡Contra! ¡Es que no te figuras el miedo que le tengo! ¡Es tan terrible como un verdugo!

Bábich. ¡Diablos, compadre! ¡Pero tú no eres un niño! ¿De qué puedes tenerle miedo? ¿Qué te puede hacer él?

Mikola (*se yergue*). ¡Es verdad! ¿De qué tenerle miedo?

Bábich. Amenázale con que vas a dar al juez una queja diciendo que te separa de tu mujer.

Mikola. ¡Justo y cabal! ¡Pues él también tiene sus jefes! ¡Daré una queja de él!

Bábich. Que es una deshonra para toda la aldea. Que tiene abochornados a todos los vecinos.

Mikola. ¡Claro que sí; por eso dan un castigo que no quieras saber!

Bábich. ¿Y tú qué te pensabas? ¡De seguida se lo llevarán de aquí a otro lugar! Y después, tú ya arreglarás las cosas con tu mujer. ¡Lo principal es que se lo lleven los demonios lo más lejos posible!

Mikola. ¡Ah, con ella claro está que me las arreglaré! Ya sabéis todos qué buena era antes, qué buen corazón tenía y qué fiel era, hasta que el maldito satanás no lo trajo a él a mi casa. ¡Blanda y suave como la cera! (Llora.)

Nastia. Tú, compadre, no le dejes a él poner más los pies en tu jata. Ciérrale la puerta en las narices. ¡Dale con el mayal en la cabeza! ¡Yo, en tu lugar, así lo haría!

Mikola. ¡Sí, sí! ¡Con el mayal en la cabeza! ¡Y le destrozaré el uniforme! ¡Qué vaya a quejarse de mí! ¡Ya sabré yo cómo defenderme!

Bábiçh. Y a nosotros, vecino, nos puedes llamar como testigos. Ya diremos cómo se portaba contigo.

Aldianos. ¡Sí, sí! ¡Todos lo diremos!

— ¡A él le echarán del servicio y a ti no te pasará nada!

Mikola. (*se pone en pie de un salto*). ¡Bueno! Así lo haré, me armaré de valor. ¿Pues qué; es que yo no soy el marido; no soy yo el amo de mi casa? ¡Vamos a echar otro trago, vecinos! Y se os agradece el consejo. ¡Ya veremos quién es el que manda aquí! (*Bebe y va corriendo la ronda por todos los vecinos.*)

ESCENA SEGUNDA

Los mismos. Entran el guarda rural y Anna.

Guarda rural (*un tanto bebido*). ¡Rayo de Dios! ¿Qué es esto? ¿Qué fiesta se celebra aquí: es holgorio o velatorio?

Mikola. Velatorio; un velatorio celebramos.

Guarda rural. ¿Por quién?

Mikola. Por mí. Por mi honra, por mi sosiego, por mi vida.

El guarda rural se acerca a la mesa; todos se apartan a su paso. Se sienta. Anna también se sienta en el poyo.

Guarda rural. ¡Ah, ah; ya veo que se te enreda un poco la lengua!

Mikola. ¿Cómo que se me enreda? ¡Yo no digo enredos, digo la verdad y nada más! Eso tú, Mijailo, que has enredado de tal modo mi vida que no hay manera de encontrar los cabos.

Guarda rural. ¡Calla, Mikola, no digas majaderías, y, menos aún, delante de extraños! ¡Mejor es que convides a la gente!

Mikola. ¡Buen convite me has hecho tú a mí! ¡No eres tú quien para que yo te convide!

Guarda rural (*da un brinco y se pone a su lado*). ¿Qué estás diciendo, babeiaca? ¿Qué convite?

Mikola (*le escupe en la cara*). Pues mira cuál, si quieres saberlo.

Guarda rural (*le asesta un puñetazo en la cabeza*). ¡Pues mira lo que te has ganado por eso!

Mikola cae desplomado al suelo. Los vecinos se acercan presurosos a él. Anna corre hacia Mijailo.

Anna. ¡Mijailo, cálmate! ¿Qué haces?

Guarda rural. Ya estoy calmado y no voy a repetirlo más. ¡Pero no dejo que me escupa nadie! No temas, por eso no le va a pasar nada. Habrá visto las estrellas, y nada más. Así se despejará antes. Y yo, que estaba pensando hablar con él a buenas.

Mikola (*se levanta con trabajo y lo sientan en el banco*). ¿Así es cómo me pagas por el bien que te hago?

Guarda rural. No por el bien, Mikola. Por el bien es sólo Dios quien paga. Y yo te he pagado por el mal que me has hecho. Por haber escupido en el uniforme del rey.

Mikola. Yo no he escupido al uniforme, sino al infame que lo lleva y es una deshonra para todo el género humano. ¿Tú lo conoces? ¡Es Mijailo Gurman!

Aldianos. ¡Sí, sí!

Guarda rural. (*conteniendo a duras penas su cólera*). Sabéis lo que os digo, señores testigos: yo quiero hablar con Mikola por las buenas. Y vosotros aquí no hacéis maldita la

falta. ¿No os marcharéis de aquí con cien mil pares de demonios?

Mikola. ¡No, vecinos! ¡Quedaos, no os marchéis! ¡Os lo pido! ¡No os ha convidado él y no tiene derecho a deciros que os vayáis!

Guarda rural (*da un salto y empuña la carabina.*) ¡Y yo os digo, borrachos malditos, que salgáis todos de aquí! ¡Fuera! ¡Al que no salga ahora le doy un culatazo con la carabina! ¡Fuera todos!

Los aldeanos y aldeanas salen apresuradamente. Algunos se santiguan y escupen al salir.

ESCENA TERCERA

Mikola, el guarda rural y Anna.

Mikola (*se acerca corriendo a él*). ¿Y quién te ha dado a ti derecho para echar a la gente que tengo yo convidada en mi casa? ¡Tiña! ¿Han venido a verte a ti? ¿Han bebido tu aguardiente?

Guarda rural (*le empuja a un lado*). ¡Calla, majadero! Escucha lo que te voy a decir. Siéntate aquí.

Mikola se sienta de mala gana.

Escucha Mikola, ¿pero qué es lo que piensas?

Mikola. ¿El qué?

Guarda rural. ¿Por qué te arruinas así? Has dejado de trabajar, tienes abandonada la hacienda, has vendido los caballos, no sabes más que emborracharte y despilfarrar todos tus bienes. ¿Es que eso está ni medio bien? ¿Eh?

Mikola. Mejor está que hacer caer en el pecado a la mujer ajena.

Guarda rural. Mikola, Mikola, más te hubiera valido no mentar eso.

Mikola. ¿Ah, sí? ¿No se puede hablar de lo que le destroza a uno el corazón y le hace saltar en cachos la cabeza? Muchas gracias por tus buenas intenciones. ¿Y dime, Mijailo, de qué debo hablar? ¿De qué debo ocuparme? ¿Para quién tengo que trabajar?

Guarda rural. Aunque sólo sea para ti.

Mikola. No te preocupes; de mí, yo mismo me cuido. Vendo, regalo, me lo bebo, gasto todo lo que no me hace ninguna falta, y, en cambio, tomo lo que necesito. Y ahora me hace falta sólo una cosa. ¡Esto! *(Toma la botella y la agita en el aire.)*

Guarda rural. ¡Por vida de Satanás, Mikola, vergüenza debiera darte!

Mikola. ¿Vergüenza a mí? ¡Ja, ja, ja! ¿Y tú tienes vergüenza? ¿Y esta infame, tiene vergüenza de ir un día y otro cortigo por toda la aldea? ¿Tenéis vosotros vergüenza?

Guarda rural. ¿Y tú que tienes que ver con nosotros?

Mikola. ¿A quién le dices eso? ¿A mí? ¿Y tú quién eres aquí? ¿Y qué derecho tienes tú para hablar así conmigo?

Guarda rural. (*le obliga a sentarse*) ¡Vamos, vamos, no subas el gallo! Ahora te diré qué derecho tengo. ¡Escucha, Mikola! ¿Tú sabes quién era yo antaño, todavía allá, en nuestra aldea?

Mikola. ¿Quién? Un matón, un perdonavidas.

Guarda rural. ¡Mientes, amiguito! Yo era un mozo honrado, puede ser que un poco impulsivo y hasta pendenciero. Pero nunca me gustaron las mentiras, no las aguantaba, y esto fue mi desgracia.

Mikola. Todavía ha habido una desgracia mayor.

Guarda rural. En eso dices verdad. Y ahora te diré qué es lo que hizo aún mayor mi desgracia. Yo quería a esta desdichada, a Anna, huérfana, humillada, maltratada por sus infames hermanos. Este amor era mi único, mi mayor tesoro; pudo hacer de mí un hombre bueno, honrado. Y tú, Mikola, de consuno con aquellos infames, me robaste mi única felicidad.

Mikola (*da un salto*). ¿Yo? ¿Que yo te he robado? (*Se lleva las manos a la cabeza.*) ¡Cristo, recristo! ¿Pero qué me pasa? ¿Será posible que el mundo se haya vuelto patas arriba? ¡Me han pisoteado por el barro, me han quitado la

honra, la tranquilidad, la estima, me han arruinado, me han degollado sin cuchillo y todavía según tú, soy un ladrón!

Guarda rural. No, Mikola, no te lleves las manos a la cabeza. Tu misma conciencia te dice que yo tengo razón.

Mikola. ¡No, eso es mentira! ¡Yo no la he obligado nunca! Ella me estaba agradecida...

Guarda rural. Ahora puedes ver su agradecimiento.

Mikola. ¡De eso tú tienes la culpa, tú, bandido, que la has hecho apartarse del buen camino; la has engañado, la has embrujado!

Guarda rural. Tú has tenido tres años para embrujarla. ¿Por qué no lo has hecho?

Mikola. ¡Porque yo no soy brujo; ahí tienes por qué!

Guarda rural. ¡Porque eres un guiñapo, y no un marido: ahí tienes por qué!

Mikola. ¿Que yo soy un guiñapo? ¿Que yo soy un guiñapo?

Guarda rural. Está claro que tú, y no yo.

Mikola. ¡Pues ahora te demostraré que no soy un guiñapo! ¡Fuera de mi jata! (*Agarra al guarda rural por los hombros.*)

Guarda rural (*aparta de un empellón a Mikola*). Anda, anda y duerme la mona, Mikola. Has bebido demasiado.

Mikola. Si he bebido o no he bebido, no es cuestión tuya. ¡Y tú sal ahora mismo de mi jata!

Guarda rural. Ni por pienso. Y si me da la gana, hasta dormiré aquí.

Mikola (*con blandura*). ¡Piénsalo bien, Mijailo! ¡No me lleves a la desesperación!

Guarda rural (*con blandura*). Y tú, amiguito, no te desesperes, eso no es bueno para la salud. Y, ¿sabes? de verdad que me voy a quedar esta noche en tu casa. Mañana iremos los dos juntos a la ciudad.

Mikola. ¿Los dos juntos? ¿Para qué?

Guarda rural. (*saca un papel del bolsillo y se lo muestra*). Mina: ¿sabes qué es este papel?

Mikola. ¡El diablo lo sabrá, que lo que es yo...!

Guarda rural. ¡Pues esto no es nada bueno, Mikola! Y debías saberlo. Aquí hay algo escrito de ti.

Mikola. ¿Y qué hay ahí escrito de mí?

Guarda rural. Pues una orden del juez para que te presentes. Y hoy debo entregársela al síndico. Otra vez ha ido alguien al juzgado hablando de ti.

Mikola. ¡Ah, sí, Judas! ¿Conque otra vez me andas zapando el terreno? ¿Quieres perderme del todo? (*Arranca al guarda rural el*

papel de las manos y lo rompe en pedazos.)
¡Pues toma, toma, toma!

Guarda rural. ¡Majadero! ¿Qué has hecho? ¿Sabes lo que te va a costar esto?

Mikola. ¡No a mí, sino a ti!

Guarda rural. ¡No, a ti, a ti! ¡Toma, para que te vayas enterando! (*Da a Mikola una bofetada.*) Esto es de anticipo. ¡Y toma otra vez! (*Levanta el puño para pegarle.*)

Mikola (*empuña la carabina*). ¡Toma, toma tú también! (*Se lanza sobre Mijailo.*)

Anna (*se interpone apresuradamente entre ellos*). ¡Mikola, márchate!

Mikola (*la aparta*). ¡Márchate tú!

Guarda rural. ¡Déjale, Anna!, de todas maneras no le tengo miedo. (*Agarra la carabina, tratando de quitársela a Mikola.*) ¡Suelta, imbécil! ¡Con estas cosas no se bromea!

Mikola. ¡Aquí tienes tu mis bromas! (*Deja la carabina, empuña el hacha y se la hunde de un golpe en el pecho al guarda rural, que se desploma al suelo.*)

Anna. ¡Dios mío! ¿Qué es esto, Mijailo? (*Se arroja sobre él.*)

Guarda rural. (*se cubre con la mano la herida del pecho, de donde le brota la sangre*). No, no es nada. No me hace falta nada.

Anna. ¡Sangre! ¡Sangre! ¿Estás herido, Mijailo? ¡Amor mío! ¿Dónde estás herido?

Guarda rural. ¡No es nada, Anna, nada! Es sólo una broma. Dolerá un poco, y luego dejará de doler. Basta ya, Mikola. ¿Por qué tiembblas? ¡Dame la mano!

Mikola (*arroja el hacha*). ¡Ah! Sí... sí... será posible que no sea nada...

Guarda rural. (*con voz débil*). Dame la mano. (*Le tiende una mano ensangrentada.*)

Mikola le da la suya.

¡Muchas gracias! ¡Me has hecho un gran servicio, y no estoy irritado contigo! Yo mismo quería haber hecho esto, pero se me resistía la mano.

Anna. ¡Mijailo, corazón mío! Dime, ¿qué te pasa? ¿Dónde estás herido?

Guarda rural. Ahora me encuentro muy bien. ¡Ni siquiera me hacen falta medicinas! ¡Y hasta están ya aquí los testigos! ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

ESCENA CUARTA

Los mismos, el síndico, Bábich, Nastia y aldeanos.

Síndico. ¡Ah! ¿Qué pasa aquí? ¿Quién grita aquí?

Nastia. ¡Ah, qué desgracia! ¡Han matado al guarda rural!

Síndico. ¿Pero es verdad que está muerto? ¡Mikola, Anna! ¿Qué quiere decir esto? ¡Hablad, qué hacéis ahí como pasmados!

Guarda rural. (*con voz muy débil*). ¡Señor síndico! ¡Déjelos tranquilos! Ellos no son culpables... Yo... Yo mismo...

Síndico. ¿Pero qué le ha pasado? ¿Por qué ha atentado contra su vida?

Guarda rural. Era necesario. Eso es cuestión mía. ¡Anna!... Mikola... ¡Qué Dios os guarde y perdonadme! (*Muere.*)

Anna (*se arroja sobre el cadáver*). ¡Mijailo, Mijailo! ¿En manos de quién me abandonas? ¿Qué voy a hacer en el mundo sin ti?

Mikola. Anna, tranquilízate. ¿Acaso no tienes para quién vivir?

Telón

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da a conocer sus impresiones acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Ediciones en Lenguas Extranjeras. Zúbovski bulvar, 21 Moscú (URSS)

И В А Н Ф Р А Н К О
У К Р А Д Е Н Н О Е С Ч А С Т Ь Е

*Драма из деревенской жизни
в пяти действиях*

Iván Francó debe su gran renombre a 5.000 obras, novelas, narraciones, encendidos versos y dramas. Entre sus producciones teatrales destaca el drama rural "La felicidad robada", cumbre de la grandiosa obra creadora de Francó, que en 1893 fue premiada en un concurso de obras dramáticas celebrado en Lvov, y desde entonces sigue representándose en los teatros del país.

